ENRIQUE GARCÍA ALVAREZ Y JOAQUÍN ABATI

CLARA LUNA

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS Y EN PROSA



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1926

ENRIQUE GARCÍA ALVAREZ Y JOAQUÍN ABATI

CLARA LUNA

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Estrenado en el Teatro Reina Victoria, de Madrid, el día 24 de diciembre de 1925.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CONCORDIA	Sra. Alba.
CLARA	Srta. Barrón.
TULA	Sra. Sanz.
PATROCINIO	Srta. Caba (I.)
VICTORIANA	Sra. Manso.
AMPARO	Srta. Caba (J.)
LEONARDA	Sra. Vales.
UNA CHULA	— Barrios.
LUZ (niña de once o doce años)	Srta. Caba (P.)
MARCOS	Sr. Bonafé.
EL DUQUE	— Perales.
MAGIN	— García León.
CEBALLOS	— Hidalgo.
MURO	— Caba.
ABELARDO	— Rovira.
BALBINO	— Sanz.
HOMOBONO	— Gutiérrez.
MAUREGATO	— Oltra.
MONICO	— Ponzano.
CRIADO 1.°	— Ponzano.
CRIADO 2.°	— N. N.
UN CHULO	— Sanz.
UN HOMBRE	— Ponzano.

La acción en Madrid.—Epoca actual.—Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

Habitación muy pobre y destartalada en casa de Marcos. Un balcón en el chaflán de la izquierda, casi de frente al público, y una puerta en primer término. Muebles viejísimos, que acusan su procedencia del Rastro. Del techo pende una bombilla eléctrica cuya pantalla ha sido sustituída con un trozo de papel blanco. Una cómoda desvencijada, una mesita coja. Sillas con asientos de paja, que se sale por todas partes. En el balcón, y sobre el barandal, una jaula medio rota de loro, con el loro dentro (disecado.) En primer término, izquierda, un palanganero de hierro, con una varilla vertical del mismo metal, donde se apoya un cuadro a medio pintar. Este palanganero sirve de caballete al dueño de la casa, que es pintor, y a falta de un estudio, ha improvisado en esta pobre habitación algo a modo de taller. A la derecha, en primer término, una tarima grande, vieja y rota, de un brasero, cuyo agujero central ha sido tapado con tablas, en la cual se sitúan los modelos. En las paredes, y sobre algunas de las sillas, cuadros diversos, muy mal pintados. En el muro del foro, una corona de laureles con cintas. Pendientes de una percha, dos túnicas griegas, un traje de chino, unos tricornios de soldado de guardia amarilla. Cruzados en la pared, a modo de panoplia, dos sables viejísimos y mohosos de caballería, una escopeta de dos cañones y dos cascos, uno de soldado de caballería y otro de bombero. Sobre una silla, una caja grande de pinturas, dos o tres paletas, tientos, tubos de color, etcétera, etc. En la parte baja del palanganero, un cubo blanco esmaltado. Colgada en la pared de la derecha, en el centro de la panoplia, una cabeza de ciervo disecada. Es de día.

ESCENA I

MARCOS y MONICO

(Al levantarse el telón, Mónico, vestido de mono sabio, con una vara en la mano, está subido sobre la tarima, en actitud de alegrar a un toro. Marcos, en pie, ante el cuadro que hay en el palanganero, le está haciendo a Mónico un retrato. Pinta con solemnes ademanes, mirando alternativamente a Mónico y al cuadro, avanzando y retrocediendo a veces, como para juzgar el efecto de su labor. De cuando en cuando, limpia los pinceles en el

cubo, y toma otros para continuar. El tipo de Marcos es el verdadero artista; un poco de melena, bigote a la borgoñona, perilla o barbita puntiagúda, y su traje, viejo y raído, recuerda, en líneas generales, a los que visten los protagonistas de la ópera «La Bohemia». Chalina vaporosa, pantalón abotinado de terciopelo o pana, etc. Cuando se cubre, lo hace con un sombrero flexible de anchas alas. Lo que se dice todo un pintor.)

MARC. (*Tarareando mientras pinta.*) «Vamos a los toros— vamos sin tardar...» Oye, Mónico..., no me gusta la cara que pones...; no es eso, Mónico... ¡Si te lo he dicho cuarenta veces!... ¡Expresión, expresión!... Hay que servir el asunto del cuadrito...; tú estás alegrando un toro... Ahora bien, ¿cómo se alegra un toro.

MÓNIC. Regalándole una vaca.

MARC. Perdona, no se trata de conquistar el afecto del toro, sino de llamarle la atención, con la voz, con el gesto... Vamos a ver..., venga otro gesto más mono sábico... (*Mónico adopta un gesto grotesco.*) ¡No hombre, no!... ¡Válgame Dios, qué modelos! Pero ¡caray!, ¿para qué te sirve la cara?

MÓNIC. Pa afeitarme.

MARC. Pues haz cuenta que te cortas. (*Mónico ensava otro gesto.*) ¡Quieto!..., ¡ahora sí! Eso es. (*Pinta nerviosamente.*)

VOZ. (*Se escucha fuera la voz de una criada que entona con cualquier música esta copla:*)

«Desde aquel besito
estoy trastornao,
tus labios de rosa
me han asesinao.»

MARC. Bueno; ya está la fregatriz esa con el cuplé de moda. Y lo peor es que el loro también se lo quiere aprender, y nos da cada tabarra... (*Una voz gangosa dentro, imitando la del loro, que se supone es quien canta:*)

VOZ. «Me han asesinao.»

MARC. ¿No lo dije? Ya está.

VOZ. «Me han asesinao.»

MARC. (*Amenazándole.*) ¡Calla, Pirandello!

VOZ. «Me han asesinao.»

MARC. No te han asesinao todavía; pero como sigas así, te pego un tiro. (*A Mónico.*) Bueno, por hoy ya es bas-

tante. Mañana, a la misma hora. (*Mónico baja de l tarima y va al perchero, de donde toma una ameri cana y una gorra que se pone para salir a la calle Contemplando el cuadro.*) Me va a salir una verda dera monada. (*En este momento penetra por el bal cón un rayo de sol muy intenso, como el que se re produce cuando se refleja la luz de un espejo, cuy rayo, después de recorrer la habitación, se posa e la cara de Mónico, a quien persigue y deslumbra obligándole a hacer gestos para librarse de la mo lestia, tapándose la cara con las manos.*)

MÓNIC. ¡Caray!... ¿Qué es esto? (*Se asoma al balcón y mira*

MARC. ¡Atiza, el reflejo!

MÓNIC. ¡Qué gracia!... Una tía muy guapa que está en aque balcón, mandando aquí la luz con un espejo.

MARC. ¡Chist!... ¡Calla, por Dios!... (*Se asoma al balcón hace señas con las manos, como las que emplea para entenderse los sordomudos. Cesa el reflejo*

MÓNIC. ¿Pero qué es?

MARC. Una vecinita mía que, vamos... ya me entiendes.

MÓNIC. Sí, sí,.. un apaño.

MARC. Una entente cordial. ¡Por Dios, Mónico!... ¿eh?

MÓNIC. Hombre, descuide usted.

MARC. La estoy haciendo un retrato. Mira. (*Le enseña un que toma de una silla.*)

MÓNIC. ¡Guapísima! ¡Qué barbaridad!

MARC. Es la mujer de un desbravador de caballos, hombr fuerte y algo acémila.

MÓNIC. Se comprende.

MARC. Y me tiene loco. ¡Ay, Conchita! ¿Por qué te conoc

MÓNIC. ¿Se llama Concha?

MARC. Conchita Valdivieso. ¡Claro, ella se enteró en segu da de que yo era pintor y me llamó a su casa co objeto de darme para que se los vendiera unos cua dros antiguos... ¡un pretexto! ya comprenderás qu para hablarme a solas.

MÓNIC. ¿Y qué?

MARC. Total, que como el marido es celosísimo, en cuant sale de casa, ella agarra un espejito de mano, enví aquí el sol, veo yo el reflejo, me asomo y purpa leamos.

MÓNIC. ¿Y si está en casa doña Concordia?

MARC. Pues no salgo, y entonces ella hace señales conve nidas con el reflejo. Pim, pim, pim, tres reflejos en trecortados: «mi marido no vendrá hasta las tres d la mañana». Un reflejo de punta a punta: «no m olvides, que yo te quiero un rato largo». Un refle

localizado en el bolsillo: «a ver si cuando vengas me puedes traer cincuenta pesetas». Y así hasta veintidos reflejos.

MÓNIC. Pues eso es una clave.

MARC. Naturalmente; como que nosotros la llamamos «la clave de sol». (*En este momento se produce en la calle un fuerte escándalo. Entre las voces que se oyen destacan la de dos mujeres que gritan: «¡So pendón!... ¡rabanera!... ¡te arranco el moño! ¿A mí? A ti. ¡Toma, ladrona!» Otras voces gritan: «¡Guardias!... ¡Que se pelan!»*) ¡Caray! ¿qué pasa?

MÓNIC. (*Asomándose.*) ¡Anda... la señá Concordia y la estanquera, que se están zurrando!

MARC. (*Asomándose también.*) ¡Eh!... Concordia... allá voy... ¡maldita sea!... (*Vase corriendo por la izquierda.*)

MÓNIC. (*Asomado.*) ¡Repuño... qué modo de darse mamporros... y cómo arrea doña Concordia... bueno, que si no la sujetan le manda a la estanquera las narices a las Chafarinas! Vamos, ya interviene un guardia y el señor Marcos también... les entran en el portal... pero, ¿qué busca la estanquera?... ah, el pelo que ha perdido en la batalla... ¡menuda cantidad!... si parece la calle el piso de una barbería en sábado, a las doce de la noche... será postizo.

ESCENA II

DICHO, MARCOS y CONCORDIA

(*Entran Marcos y Concordia; ésta viene arreglándose el pelo. Deja en el suelo un maletín que trae en la mano.*)

MARC. Cálmate, Concordia y siéntate. (*La obliga a sentarse.*)

CONC. (*Muy agitada.*) ¡Qué tía!

MARC. ¿Pero por qué ha sido la cuestión? ¿Qué te ha ocurrido?...

CONC. La sinvergüenza esa de la estanquera, que me pidió hace un mes un depilatario para quitarse los pelos del cogote; yo le dí el «Descabellol Calvo», un preparado notabilísimo de un farmacéutico de Sabadell, y hace un cuarto de hora, cuando me retiraba a casa, al pasar por delante del estanco, me llama y me dice, de buenas a primeras: «Llevo diez días frotándome con eso que me ha vendido usted, y tenga la

bondad de fijarse». Al decir esto, se vuelve de espaldas, se baja la blusa por detrás y me enseña un cuello que parece el de un gabán de pieles Y va y me vocifera: «Usted es una estafadora, que la he comprado un depilatorio para quitarme los abuelos y me encuentro con todo el árbol genealógico de mi familia». Y voy yo entonces, dejo la maleta en el suelo y digo: «El Descabellol no le ha quitado a usted los abuelos, pero se los voy a quitar yo de cuatro tirones». Me abalanzo a ella, y fíjate; los paternos y los maternos. (*Sacando un puñado de pelos de cada bolsillo.*)

MARC. ¡Que barbaridad!

MÓNIC. ¡Un hacha esquilando! Vaya, me alegro que no haya sido na grave. Hasta mañana.

MARC. Adiós, Mónico. (*Vase Mónico.*)

CONC. ¿Y el tío Homobono, está en casa?

MARC. No. Le han sacado los chicos para que tome un poco el sol. Por cierto que hoy está más insufrible que nunca ¡Qué genio! ¡Qué agresividad!

CONC. ¿Has trabajado mucho?

MARC. Como un natural de Matanzas. ¿Y tú, has vendido algo a tus amistades?

CONC. ¡Un asco, hijo! No hay quien compre perfumería. Tan sólo a la viuda de Bretaño, la he vendido medio litro de Agua del Cáucaso, creación Floralia, y tres botes de polvos Calber.

MARC. ¿Y qué va a hacer esa señora con medio litro de agua y tres botes?

CONC. Que haga lo que quiera. Y a todo esto, me marché sin desayunar y traigo una debilidad de convaleciente de tifoideas. Voy a hacerme unas sopitas de ajo con mucho pan. Ya sabes cómo me gustan.

MARC. Con dos libretas, ya lo sé. Veré si hay pan en la cocina. (*Vase*)

CONC. ¡Qué vida, señor, qué vida! Yo no sé cuando vamos a salir de esta miseria. Llenos de trampas por todas partes, empeñando hasta la ropa interior... y eso que este pobre Marcos se pasa la existencia embadurnando lienzos y más lienzos, que vende el amigo Muro por las calles y cafés, y yo estoy hecha una azacana, subiendo y bajando escaleras con dos maletas de perfumería y bisutería y hablando más que un orador de mitin. ¡Ay, si Dios quisiera que eso de la carta misteriosa fuese algo serio!. .

MARC. (*Saliendo con un pan muy grande en la mano.*) Me parece que no te vas a poder hacer las sopas.

CONC. ¿Por qué?

MARC. Porque fíjate cómo se ha quedado esta libreta. (*Golpeando con el pan sobre la mesa.*) Esto es la piedra de una apisonadora.

CONC. ¡Bendito sea el Señor!

MARC. Te advierto que la he tirado tres veces contra el suelo y he roto tres ladrillos.

CONC. ¿Y qué hacemos?

MARC. Mira, me voy a llegar a la panadería y te compro una barra.

CONC. Sí, haz el favor. ¿Llevas dinero?

MARC. No.

CONC. Pues toma quince céntimos, porque ayer el panadero me dijo que ya no nos fiaba ni para un picatoste, y figúrate, si le pides una barra y no la abonas, qué plancha haces.

MARC. Toma, que yo agarro la barra y hago una plancha, lo puedes jurar. ¡Ah, mira, te mandaré la barra con el chico de la tahona, porque ya que salgo voy a llegarme también a casa de Benítez, que me ha dicho Muro que tiene un encargo para mí! Creo que es para restaurar unos *paneaux* en una casa particular, y parece que me pagarán bien.

CONC. Sí, sí, por Dios, no desperdiciemos estas ocasiones.

MARC. Hasta luego, cielín. Me llevo la llave para que no te molestes en abrirme. (*Marcos se pone un sombrero flexible y vase.*)

ESCENA III

CONCORDIA; enseguida, VICTORIANA

CONC. Esto es una desesperación; pero una desesperación, que esa que venden de Espronceda es un pequeño contratiempo.

MARC. (*Apareciendo seguido de Victoriana.*) Pase usted, señora Victoriana, pase. Ahí está Concordia. (*Entra Victoriana. Vase Marcos.*)

VICTO. ¿Se puede?

CONC. Entra, mujer.

VICTO. (*Tomando una silla y sentándose.*) ¡Ay, hija, estos cuartos tan altísimos no los debían alquilar sin una grúa, porque, refatiga, cuando se llega aquí se tié el corazón que es una moto en pista!

CONC. ¡Los años, Victoriana! ¿Y qué te trae por aquí?

VICTO. Pues ná, mujer, que vengo a darte las cuatro pesetas

del litro de Rhun Quina que le he vendido a la señá Celes, y de paso me ha encargao que la lleve un frasquito de esencia de clavel con estuche, que es pa un regalo.

CONC. (*Abriendo el saco y tomando un frasquito.*) Le vas a llevar un perfume que se va a quedar como aletargada.

VICTO. Te advierto que es una mujer muy dada a los olores.

CONC. Pues va a quedar contentísima. Toma este. (*Leyendo en la etiqueta.*) «Extract Rambling Roses.»

VICTO. Y eso ¿qué es?

CONC. Inglés.

VICTO. Bueno, se lo llevaré. ¿Y yo qué me gano en esto?

CONC. Te daré de comisión, cero treinta.

VICTO. Hay que vivir.

CONC. Sí, hay que vivir; pero, ¿se puede vivir?

VICTO. Malillamente. Yo paso unos apuros...

CONC. ¿Pues y los que paso yo? Amiga Victoriana, atravesamos una penuria, que no es comparable a nada, por horrendo que sea. A Marcos se le pasan semanas enteras sin vender un cuadro, y a mí me sucede lo mismo con la perfumería.

VICTO. ¿Y tus chicos, no ganan?

CONC. Casi nada. Apenas les basta para sostenerse ellos. ¡Te digo que es un horror! Gracias a que como el Señor es tan bueno y tan piadoso y tan justo, parece ser que nos va a enviar un respiro.

VICTO. ¿Un respiro? ¿Alguna colocación?

CONC. No lo sé, hija. Se trata de la cosa más rara y más misteriosa que te puedes figurar. Juzga tú misma. Ayer, en ausencia de Marcos, se me presenta en casa un chico del Continental y me entrega esta carta. (*Saca una carta del bolsillo y lee*): «Señora: Un asunto de carácter íntimo y reservadísimo, relacionado con su vida pasada, me obliga a solicitar de usted una entrevista de algunos minutos. Tenga usted presente que de esta entrevista acaso dependa la felicidad de una persona. Y sepa, por último, que la acogida benévola que espero de usted tendrá una recompensa metálica considerable. Indique al portador el día y hora en que puede recibirme, y quedo suyo afectísimo seguro servidor, que sus pies besa, *Magín Castaño.*» ¿Qué te parece?

VICTO. ¡Calla!... A ver si viene de parte de aquel bribón que te abandonó con los tres chicos... ¿Cómo se llamaba?

CONC. Melitón. ¿Quién sabe?... Pero no, no es posible... Aquel monstruo no tenía corazón; era un desalmado que después de seducir a sus numerosas víctimas, huía de ellas con más velocidad que el sud-exprés...

VICTO. ¡Qué hombres!

CONC. Como aquél ninguno, porque, ¡asómbrate!, resultó que era casado con una infeliz a quien mató de un disgusto, dejando en el mayor abandono a una pobre niña de año y medio, de la que nada se ha vuelto a saber.

VICTO. ¡Qué bárbaro!

CONC. Lo que yo sufrí, Victoriana, no es para contado. Estuve seis meses si subo al cielo o no subo.

VICTO. ¡Qué dramas tié la vida!

CONC. Pero también llegan a veces las horas venturosas, en que Dios se compadece de los desdichados. Un día conocí a Marcos, y desde aquel momento le amé tanto como había amado a Melitón, es decir, más aún si cabe, que puede que no *caba*, y no he tenido que arrepentirme. Cerca de ocho años llevo con él y no puedo quejarme de sus atenciones para conmigo y para mis hijitos de mi alma, que, aunque no son suyos, como tales los trata. ¡Es un santo!

VICTO. ¿Y del otro no has vuelto a saber?

CONC. Ni he vuelto ni quiero saber más de aquel reptil. ¿Ves este medallón? (*Muestra un guardapelo que lleva colgado al cuello con una cadenita.*)

VICTO. Te lo conozco desde que te conozco. ¿Es de oro?

CONC. Oro de dos o tres quilates. Me lo regaló el infame, y en él llevé bastantes años su retrato. Pero al conocer a Marcos y poder apreciar la diferencia que entre ambos existía, arranqué del guardapelo el diminuto retrato de Melitón, le pinché los ojos, le perforé las mejillas, arrojé al fuego, con asco, la cartulina, y le maldije. En su lugar puse el de Marcos. Mira.

VICTO. (*Examinándolo.*) ¡Qué bien está!

CONC. Esto será pueril, pero es humano.

VICTO. Bueno, y de la carta, ¿qué?... Estoy intrigadísima.

CONC. Pues que he citado a ese hombre hoy a las doce. (*Consulta el reloj de pulsera.*) Ya debe faltar poco.

VICTO. ¿Qué falta?

CONC. Falta... el minutero. ¡Estos relojitos! Bueno, falta poco.

VICTO. Pues te dejo, que ya estará al caer.

CONC. No; haz el favor de quedarte. Contigo no tengo secretos, y, además, que me da un poco de miedo... ¡Si fuera un criminal!...

VICTO. Los criminales no ofrecen dinero como éste. Se lo llevan.

CONC. Es verdad. Y que... vamos... no sé por qué, pero me da el corazón que este hombre va a traer el pan a mi casa. (*Timbre fuera.*) Ya está aquí (*Se levantan las dos. Concordia sale un momento y vuelve a aparecer en seguida, diciendo*): Pase usted, caballero.

ESCENA IV

DICHOS, y MAGIN

(*Entra, seguido de Concordia. Es un señor viejo, de aspecto beatífico, con grandes gafas, vestido de negro. Lleva en la mano una barra de pan de Viena. Haciendo una profunda reverencia.*)

MAGÍN. Señora... señora... (*A Concordia.*) Ante todo, ruego a usted se haga cargo de esta barrita.

VICTO. (*Aparte a Concordia.*) Bien decías que te traía el pan.

CONC. Señor mío, no comprendo...

MAGÍN. Yo tampoco. Pero cuando estaba llamando a su puerta, un chiquillo de aspecto tahonil se acercó y me dijo: «¿Viene usted a ver a doña Concordia?» «Sí», —le contesté—. «Pues, hágame el favor de darle esta barra, de parte de don Marcos, que yo tengo mucha prisa». Y echó a correr. Eso es todo.

CONC. Sí, ahora ya sé. Siéntese, caballero. (*Se sientan los tres.*) Pues usted me dirá.

MAGÍN. (*Sacando del bolsillo un pequeño cuaderno, que consulta durante la conversación.*) ¿Usted se llama Concordia Plaza Dela, no es así?

CONC. Así es.

MAGÍN. Por muchos años.

CONC. Por cuarenta y dos. Y no me quito ninguno.

MAGÍN. No los representa.

CONC. Muy galante.

MAGÍN. Por mi carta sabe usted que el asunto que motiva esta entrevista es íntimo y reservado... (*Indicando a Victoriana.*) La presencia de esta señora...

CONC. Esta señora es una amiga íntima... como si fuera mi hermana. Puede usted hablar con toda confianza.

MAGÍN. Vamos, pues, al asunto. Usted, señora, hace unos veinte años, tuvo allá en tierras de América, relaciones muy íntimas con un sujeto...

CONC. (*Excitada.*) ¡Sujeto con cadenas debía estar en presidio el muy canalla!... (*Reportándose.*) Usted per-

done, no puedo oir hablar de aquel malvado Melitón sin enfurecerme.

MAGÍN. (*Consultando el cuadernito.*) Melitón, eso es, no me engañaron. Hasta ahora marchamos de acuerdo. Poseo algunos datos incompletos acerca de ese individuo. Según parece, en cuestiones de amor era un ansioso.

CONC. La lista de sus víctimas, serviría para la escena de la apuesta del Tenorio.

MAGÍN. ¿Usted no ha vuelto a saber de él?

CONC. Absolutamente nada.

MAGÍN. ¿No sabe siquiera si vive o si ha muerto?

CONC. Nada sé.

MAGÍN. ¡Qué lástima! Por algún dato seguro acerca de su paradero, daría lo que me pidieran... diez mil... veinte mil duros...

CONC. ¡Caray!... Yo le agradecería, caballero, que me indicara el motivo de sus preguntas... la razón de ese interés tan exagerado...

MAGÍN. No siga usted, señora. Nada puedo decir. No pregunte, no indague, no ahonde, no escudriñe. Es algo muy delicado, muy íntimo. Pero ahorremos palabras y vamos a lo más importante. Ese hombre la regaló a usted un medallón que contenía su retrato.

CONC. Cierto.

MAGÍN. ¿Conserva usted esa joya?

CONC. La conservo.

MAGÍN. Pues bien, señora, por ese medallón y esa fotografía ofrezco a usted dos mil pesetas.

CONC. (*Anonadada.*) ¡Dos mil pesetas!

VICTO. ¡Una fortuna!...

MAGÍN. Que abonaré en el acto, contra entrega del objeto.

CONC. Pero, caballero... yo no sé... si... dos mil pesetas... porque el medallón... pero el retrato ...

VICTO. (*Aparte a Concordia.*) Oye, tú, ¿pero como vas?...

CONC. (*Aparte a Victoriana.*) ¡Calla!... (*Alto a Magín.*) ¿Ha dicho usted dos mil pesetas?

MAGÍN. Dos mil.

VICTO. (*Aparte a Concordia.*) Pero piensa...

CONC. (*Aparte a Victoriana.*) ¿Qué voy a pensar yo ante dos mil pesetas? (*Alto a Magín.*) Aquí está el medallón. (*Se lo ofrece.*)

MAGÍN. (*Tomándolo*). ¿Permite usted? (*Saca otro igual del bolsillo y los compara.*) Idénticos. No me engañaron. (*Abre el medallón.*) Y en cuanto a él, no hay más que verle... bien dicen que la cara es el espejo del alma... esa mirada dura... esa boca sensual... es

un verdadero sátiro (*Guarda el medallón, saca la cartera y entrega dos billetes de mil pesetas a Concordia.*) Aquí tiene usted. (*Se levanta. Ellas le imitan.*)

CONC. ¡Pero, por Dios, caballero... dígame al menos!...

MAGÍN. Nada. He dicho que nada. No pregunte, no indague no ahonde, no escudriñe. En esa cantidad va incluído todo. Medallón, fotografía, reserva y olvido. No nos hemos visto, señora, no nos conocemos, no nos volveremos a ver. A los pies de ustedes. (*Vase seguido de Concordia, que vuelve en seguida.*)

ESCENA V

DICHOS, menos MAGIN; enseguida, MARCOS

VICTO. Bueno, esto lo leo yo en «Las aventuras de un príncipe uruguayo» y me creo que es una camama.

CONC. (*Entrando.*) ¿Qué me dices de esto, chica?

VICTO. Pues que en «La novela corta» se vendería un horror. ¡Y tú tan fresca, le das el medallón con el retrato de Marcos!...

CONC. Y se lo doy con el del general Magaz, aunque me lleven a presidio. En cuanto vi estos dos palacios reales, que me parecen ocho mil reales palacios, me volví loca. Fíjate, dos mil pesetas por un medallón que me lo han tasado en dos duros los del Monte.

VICTO. Pero y si ese hombre...

CONC. Ese hombre me tiene sin cuidado.

VICTO. ¿Y si algún día ve a Marcos?

CONC. ¿Y qué? En último término, si ese hombre descubriera quién es el del retrato, ¿de qué podría acusarme? ¿De haberle engañado? Pues yo le contestaría: «Caballero, tuve motivos muy íntimos y muy reservados para proceder así; no indague, no pregunte, no ahonde, no escudriñe. Que usted lo pase bien.»

VICTO. ¿Y si te pidiera las dos mil pesetas?

CONC. Pues se las devuelvo en un cheque contra la estatua de Cascorro. Desengáñate, chica. El dinero en el bolso y Dios sobre todos.

VICTO. ¿Y a Marcos, no le vas a decir?...

CONC. Por ahora nada. Es un poco puntilloso y no se si le agradaría lo que acabo de hacer. ¡Calla!... me parece que entra Marcos; sí, ha abierto la puerta. ¡Por Dios, Victoriana, de todo esto!...

VICTO. Descuida. Las sepulturas a mi lao son sacamuelas.

IARC. (*Entrando.*) ¿Todavía aquí, doña Victoriana?

ICTO. Que se lía una en conversación y no acaba nunca. Vaya, adiós.

ONC. Adiós, hija. (*Suena el timbre de la puerta.*)

IARC. Oye, si es alguno de la Gran Bretaña, que estoy en Suiza pintando el Mont Blanc. (*Vanse Victoriana y Concordia.*) Mi familia es vastísima, mis deudos creo que ascienden a cuarenta y cuatro, que ya son deudos. Bueno, pues sumo las deudas y agoto la tabla.

ONC. (*En la puerta.*) Pase usted.

ESCENA VI

MARCOS, CONCORDIA y MAUREGATO

AURE. (*Con un cuadrito envuelto en un papel, que quita al entrar.*) Muy buenas. ¿Don Marcos de Pino?

ARC. Servidor.

AURE. Muy suyo. Tenga la exquisitez de enterarse del contenido de esa cartulina. (*Le entrega una tarjeta.*) Es de mi tío el marmolista.

ARC. Con su permiso. (*Leyendo.*) «Teobaldo Lapiedra saluda efusivamente a su amigo de Pino, y le devuelve el retrato que ha pintado de su señora, porque sin duda se le ha ido el santo al cielo y ha hecho una reproducción fidelísima de don Francisco Bergamín. Saludos y cien años viva para honra y prez del arte pictórico.»

ONC. ¡Caray, qué jocoso!

ARC. ¿Y de dónde ha sacado este mordaz cantero que yo tenía que hacerle a su señora un retrato que se pareciese a ella?

AURE. ¡Hombre, yo creo que era su obligación!

ONC. Caballero, no se puede exigir a un retrato de quince pesetas la misma intensidad de remembranza que a uno de mil. Porque, ponga usted de lienzo pesetas siete, de marco siquiera dos, tres de colores y barnices, añada dos de trabajo, ¿y qué queda para el parecido?, pues una peseta. Y con una peseta, ¿qué parecido se va a pedir?

URE. (*Sacando una peseta del bolsillo y mostrándosela.*) Mire usted, una peseta con un retrato. Es decir, un retrato de a peseta. Su Majestad el Rey, que Dios guarde, y está hablando. Claro que está hablando solo, pero habla.

CONC. Déjeme usted de pamplinas. Por cuatro reales, si e lugar de la cliente sale doña Juana la Loca, no ha más remedio que apechugar con la viruta.

MAURE. (*Mostrando el retrato.*) ¡Hay que fijarse en los oj que le ha sacao el amigo!

MARC. Los que tiene, señor.

MAURE. ¿Y qué me dice usted de las narices? ¿Hay derecho sacar este pegote?

CONC. Mi esposo no tiene la culpa de que ella lleve deba de los ojos un chorizo de Pamplona.

MAURE. ¡Y a esto decía mi tío que usted lo llamaba u pastel!

MARC. Y es un pastel, aquí y en la Pinacoteca.

MAURE. (*Ofendido.*) ¡Oiga usted, caballero!...

MARC. La culpa la tengo yo, por pintar ballenas del mar d Irlandia.

MAURE. ¿Cómo ballenas?...

MARC. Lo dicho, dicho, y no quito una ballena ni a r madre.

CONC. ¡Por Dios, Marcos, no te sofoques, que luego te c el temblor convulsivo!

MAURE. ¡Hombre, tampoco es pa ponerse así como se h puesto aquí el Greco! ¡Total, por tres duros!

CONC. Pero, en resumidas cuentas, ¿qué misión trae uste a esta casa?

MAURE. Pues na, que me dijo esta mañana mi señor tío: «Ma regato, agarra este churro, llévaselo al artista q lo ha abocetado, y le dices que te devuelva los tr «mosqueteros» que hemos pagao por él, y le añad que cuando mi señora quiera un pastel, ya la lleva yo a la Mallorquina».

MARC. ¿Cómo? ¿que devolvamos nosotros los tres «mosqu teros»? ¡Quiá, hombre, ni a Dumas!

CONC. Además, que lo que no se tiene no se puede devo ver, y ese dinero está transformado ya en alcaloid nutritivos.

MAURE. Está bien. ¿Dónde dejo esta joya del arte modern

MARC. Esta joya se la lleva usted a su tío y, si así no gusta, que le pinte una redecilla en la cabeza y q la venda como Mariana Pineda.

MAURE. Me voy verdaderamente contristao. Va a ser un d de luto para las respectivas familias, pero qué se va a hacer.

MARC. Vaya usted con Dios.

MAURE. Realmente lacrimoso. (*Vase*).

ESCENA VII

MARCOS, CONCORDIA; después, MURO

ONC. ¡Que tío cínico!

ARC. ¿Pero es que ese retrato no se parece a la buena mujer del marmolista?

ONC. No, Marcos, no; seamos francos.

ARC. ¿Cómo, francos?

ONC. No, Marcos.

ARC. ¿Cómo, Marcos?, digo, cómo francos... Ese retrato no diré yo que sea una placa de Campúa, porque soy razonable, pero que en líneas generales recuerda un poco a doña Leoncia Chamorro, eso es inconcuso.

ONC. (*Que ha tratado de partir la barra de pan inútilmente.*) ¡Que tío ladrón!

ARC. ¿Quién?

ONC. El panadero, que te ha soltado una barra que en el escaparate de un anticuario haría el gran papel. Ahora mismo bajo a la tahona y me va a oír ese expendedor desaprensivo. (*Se oye el timbre. Vase Concordia con la barra en la mano.*)

URO. (*Entrando con unos cuadritos pequeños debajo del brazo.*) ¡Hola, chico!

ARC. ¡Hola!

URO. ¿Viste a Benítez?

ARC. Sí. Lo de los *paneaux* ya quedó convenido; pero me ha dicho que no vaya hasta dentro de quince días, porque ahora están haciendo obra en la casa.

URO. Muy bien.

ARC. ¿Qué, has vendido algo?

URO. (*Con gran desaliento*) ¡Marcos, esto está perdido! ¡Toda la mañana en la calle de Alcalá, sin estrenarme! Gracias a que, a última hora, trasladé la exposición a la plaza de Isabel II, en la fachada del Real, y allí vendí una tablita, «El Faro de Tarifa». Me la compró un sacerdote. Le pedí seis pesetas, me ofreció cuatro, pero yo le dije: «En ese precio no puedo dárselo, porque fíjese usted que es Tarifa». El hombre se convenció y aquí tienes (*Le da el dinero.*) Un duro, rebajada mi comisión.

ARC. Sea bien venido don Amadeo. Pero, de todos modos, es una vergüenza. ¿Así, cómo quieren que haya arte? Viendo esa tacañería, ¿con qué amor vas a ponerte delante de un lienzo a derrochar tu inspiración? ¿No tuvo un parroquiano el valor de encargarme una copia de «El entierro del Conde de Orgaz», y ofre-

cerme por ella cuatro duros? Y ahora dime tú, qu tienes sentido común, ¿que entierro haces por vein pesetas? ¡Y claro, pues te deprimes, decaes, te de ilusionas, y concluyes diciendo: «Anda y que se lleven en hombros»!

Muro. Mira, marinas y paisajes no se venden ni uno. Lo qu hoy tiene más salida son los asuntos religiosos. ¿P qué no pintas tres o cuatro Papas?

Marc. Y dos docenas, si quieres. ¿Por qué no me lo ha dicho antes, hombre? ¡Inundo el mercado de Papa

Muro. ¿Y ahora no tendrías nada?...

Marc. Vaya si tengo. ¡Y superior! Ayer terminé una cop del admirable cuadro de Leonardo de Vinci, «L cena de los Apóstoles»; aquí la tengo, secándos (*Tomando un cuadro pequeño de encima de la c moda.*) Mira.

Muro. ¡Maravilloso, chico!... ¡Qué barbaridad!... ¡Qu cena... dan ganas de picar!...

Marc. ¿Y cuánto crees que podemos pedir por esto?

Muro. Pues por esto, yo creo que se podrán sacar doce p setas.

Marc. ¿Pero tú estás loco?... ¿Una cena como esta a pese el cubierto? ¡Ni en la Cuisine d'Or!

Muro. Bueno, eso corre de mi cuenta. Procuraré sacar má Quedamos en que asuntos religiosos. Retratos c santas, por ejemplo, que se piden mucho.

Marc. Muy bien... ¡Ah, oye! A ver si me encuentras cor prador para este cuadrito que adquirí ayer en ur prendería por tres pesetas. (*Dándole un cuadri pequeño.*)

Muro. (*Examinándolo.*) Oye.... esto parece de firma... Pu sí, te lo correré. Vaya, adiós.

Marc. Adiós. (*Vase Muro.*)

ESCENA VIII

MARCOS; después, CONCORDIA

(*Aparece el rayo de luz como antes.*)

Marc. ¡Vaya!... Ya me está reflejando Concha... se del haber marchado su marido... contestaré. (*Toma encima de la cómoda un espejito, se va al balcón simula reflejar lo que va diciendo.*) Hola, mi so Uno, dos, tres. Muy bien, gracias. Uno, dos. No ha de qué. (*El reflejo le da en el pecho.*) ¡Oh, me refle el corazón!... ¡Qué rica!... Un círculo. ¡Con toda r alma! (*El reflejo le da en el bolsillo del chalecc*

Ahora aquí; sin dos reales. (*El reflejo se posa en la cabeza del ciervo.*) Ya te entiendo... que se ha ido tu marido. Uno, dos, tres, cuatro y temblor... No te comprendo... ¿a ver?... uno, dos, tres, cuatro... nada, que no... (*Entra Concordia y le sorprende mirando el suelo, vuelto de espaldas. Concordia trae debajo del brazo una enorme barra de pan, como de medio metro.*)

CONC. ¿Pero, qué haces?

MARC. Nada, contando los ladrillos rotos.

CONC. En eso pasarás el tiempo; y el trabajo bueno, gracias. (*El reflejo se pasea desesperadameate por la habitación.*)

MARC. ¡Chica, qué calor hace... y qué cantidad de moscas!... (*Saca el pañuelo y hace como que las espanta.*)

CONC. ¿Moscas?... No veo ni una..

MARC. ¡Un enjambre!... ¡Hala... a la calle!... (*Se asoma al balcón y agita el pañuelo como señal para que cesen los reflejos.*) ¡Qué cosa más molesta es la mosca!... Yo no comprendo como hay mujeres que se enamoran de los alabarderos. Ea, ya las eché. (*Suena el timbre de la puerta.*) Oye, ¿quieres hacer el favor de abrir?

CONC. Voy. (*Vase.*)

MARC. ¡Caramba, si me descuido se fija en los reflejos!... Y no es que pase nada; pero, vamos... ¡Atiza, el desbravador!

ESCENA IX

DICHO, CEBALLOS, seguido de CONCORDIA. Ceballos es hombre brusco y ordinario.

CEBALL. Con permiso, y conste que vengo a molestar muy poco. Vamos a ver; ¿cómo va el retrato de mi señora?

MARC. Adelantadísimo y parecidísimo. Que lo diga aquí Concordia.

CONC. Una monada, caballero; de parecido, una gota de agua de Solares a otra de Cabreiroa.

CEBALL. Todo eso está muy bien; pero lo que yo digo y sostengo, es que llevamos dos meses con el retratito, y en dos meses usted no adelanta nada.

MARC. Hágase usted cargo, amigo don Paco, que varias veces le he pedido a cuenta cinco duros, que usted quedó en darme y que yo todavía no he visto; así es que el que no adelanta nada es usted, mi querido cliente.

CEBALL. Eso es aparte.

CONC. Pierda usted cuidado, don Francisco, que yo me encargo de estimular a mi esposo. De sobra comprendo la impaciencia que tendrá usted.

CEBALL. No, si a mí me es igual esperar dos meses que dos años. Es ella, que me tiene frito, porque quiere regalarle el retrato a la bruja de su madre.

CONC. ¡Caramba, cómo la trata usted!

CEBALL. Y es suave para lo que se merece. ¡Maldita vieja, que no nos deja vivir! Por supuesto, que yo debí preverlo y no casarme, porque lo mismo hacía cuando éramos novios. No autorizaba nuestras relaciones, ¿y qué dirán ustedes que teníamos que hacer casi siempre Concha y yo para poder hablar, y eso que vivía enfrente de su casa?

CONC. ¡Cualquiera lo adivina!

CEBALL. Pues valernos de unas señales que hacíamos, reflejando el sol con unos espejitos de mano, mediante una clave que me pasé tres meses componiéndola.

MARC. (*Aparte.*) ¡Atiza!

CONC. (*Riendo.*) Pues, mire usted, tiene muchísima gracia. ¿Verdad, Marcos?

MARC. Una gracia conmocionante.

CEBALL. Y que nos entendíamos más bien... Pim, pim, pim: tres reflejos entrecortados...

MARC. ¡Mi madre!

CEBALL. «... Mi madre saldrá a eso de las tres...» Un reflejo de punta a punta... «No me olvides, que yo te quiero un rato largo», y así hasta veintidos reflejos.

MARC. (*Aparte.*) ¡Ay, madre, que no se le ocurra a esa loca!... (*Timbre en la puerta.*)

CONC. Con permiso. (*Vase.*)

CEBALL. Bueno, ¿puedo ver cómo lleva usted el retrato?

MARC. (*Tomando un cuadro de cualquier parte.*) Desde luego... Vea usted... El retrato va estupendo.

ESCENA X

DICHOS. Entran siguiendo a CONCORDIA, LEONARDA y LUZ (de diez o doce años). Durante lo que sigue, CEBALLOS contempla el retrato unas veces, y otras atiende a la conversación general.

CONC. ¡Tanto bueno por aquí! Pasen ustedes. Mira, Marcos, quién nos viene a visitar.

MARC. (*Saludando.*) ¡Caramba, señora Leonarda!... (*A Luz*) Hola, preciosa.

LUZ. ¿Cómo están ustedes?

MARC. Bien, rica, bien. Siéntense ustedes. (*Se sientan todos, menos Ceballos, que sigue examinando el retrato.*)

CONC. ¡Lo que ha crecido Luz!

LEONA. Como que va para once años.

MARC. Está hecha una pollita. Y tiene toda la cara de su madre.

LEONA. ¿Usted cree?...

MARC. Evidentísimo. (*A Ceballos.*) Oiga usted, don Paco. ¿no se parece esta niña a esta señora?

CEBALL. (*Sin hacer caso de Marcos.*) Yo no veo parecido ninguno.

MARC. ¿Cómo que no? Pero, mírelas usted...

CEBALL. Si hablo del retrato.

MARC. ¡Ah! Es que le falta mucho. Pero, si se fija bien, acabará por verlo.

CONC. ¡Vaya con Luz! (*Aparece el reflejo en la habitación.*)

MARC. ¡Qué Luz esta..., qué Luz!... (*Se precipita a los balcones y los cierra.*

CONC. ¿Pero qué haces?

MARC. Pues nada, que no se puede resistir el calor y cierro a piedra y lodo. (*Enciende la luz eléctrica.*) Prefiero gastar flúido.

CONC. ¡Vamos, tú estás loco! ¿Ustedes notan calor?

LEONA. Ninguno. ¡Si hoy está muy fresco el día! (*Concordia abre el balcón.*)

MARC. Bueno, bueno, como quieran. Si prefieren asarse...; ahora, que en cuanto vea que alguno se pone colorado de congestión, cierro.

CONC. ¿Y que? ¿Va Lucecita al colegio?

LEONA. Ahora está en vacaciones. Acaba de examinarse. Y aquí donde ustedes la ven, ha salido aprobada en Historia Sagrada.

CONC. ¡Caramba, mil enhorabuenas!

LUZ. Sí; pero me han suspendido en Geografía.

MARC. Que te azararías.

LUZ. Que me azaré y que estaba pez, como dicen allí las niñas.

LEONA. Es que la pobre es muy corta, y tuvo mala suerte.

LUZ. Me tocaron islotes, escollos y bancos de arena, y me dijeron que indicara el sitio en donde había más bancos, y dije que en Madrid.

MARC. ¡Colosal! (*Todos ríen.*)

CEBALL. (*Aparte.*) ¡Qué chica más burra!

LUZ. Y luego me preguntaron que a qué hora salía el sol en otoño, y yo dije que entre nueve y nueve y media.

MARC. ¡Je, je! Esta niña es un hacha! ¡Qué risa! ¿De modo que te tocó el sol?

LUZ. Sí, señor.

MARC. ¡Qué risa! El sol... (*Aparece el reflejo. Aparte.*) ¡El sol, mi madre! (*Corre a cerrar el balcón. En voz alta.*) ¡Congestiones, no!

TODOS. (*Protestando.*) ¡Pero, por Dios!...

LEONA. ¡Pero, señor Marcos!

CONC. ¡Vaya, hoy estás insoportable! (*Abre el balcón.*) ¡Qué manía!

MARC. Bueno, bueno; allá ustedes.

LUZ. Después me pregunta la profesora que cómo se llamaba el que paró el sol.

MARC. ¿Y lo sabes tú, cielo de mi alma?

LUZ. No, señor; por eso me han suspendido. Pero luego, en Historia Sagrada, contesté acorde a todo lo que me preguntaron.

MARC. Sí, ¿eh?

LUZ. Que en cuántos días hizo Dios el mundo, y yo contesto de carrerilla: «En seis; el primero hizo el cielo y la tierra, el segundo el firmamento, el tercero las plantas, el cuarto el sol, la luna y las estrellas, el quinto las aves y los peces, y el sexto el Océano Pacífico, el Atlántico y el Adriático, y se acostó exclamando: ¡«Hoy he hecho la mar!» (*Vuelve el reflejo.*)

MARC. (*Aparte.*) ¡Ya está otra vez!... (*Alto.*) Les está dando a ustedes el sol. (*Intención de cerrar.*)

CONC. (*Conteniéndole.*) No te molestes, que no nos incomoda.

MARC. Pero...

CONC. ¡Quietecito!

MARC. (*Aparte.*) ¡Esto va a ser apocalíptico! (*El reflejo se pasea por la escena, dándoles en la cara a Leonarda y Luz, que hacen visajes y gestos cómicos para defenderse de él.*)

CEBALL. (*Aparte.*) ¡Caray!... Esto es un reflejito de un espejo. (*Se asoma al balcón y mira.*) Concha, reflejando en esta habitación... y el pintor, queriendo cerrar los balcones... ¡la mato!... (*Saca un revólver del bolsillo, lo amartilla y vase corriendo.*)

MARC. ¡Por lo que más quieras, que detengan a ese hombre!... ¡corre, Concordia!... avisa a los guardias...

CONC. ¿Pero, por qué?... ¿Qué ha sucedido aquí?

MARC. ¡Corre, que no hay tiempo que perder! ¡Evita un crimen! (*La empuja hacia la puerta.*)

CONC. ¡Todos están locos! (*Vase.*)

LEONA. Bueno, ¿pero qué ha pasao, que ha salío ese señor como una flecha con un revólver en la mano?

MARC. No es momento de contar la historia. Ustedes hagan lo que quieran. Yo me voy. (*Va hacia la puerta.*)

ESCENA XI

DICHOS, un CHULO y una CHULA. El chulo trae cogida de un brazo a CONCORDIA. La chula cubre su cabeza con un pañuelo.

CHULO. ¡Cá! Usté no se marcha.

CONC. ¡Pero, caballero!

CHULO. ¿Usté cree que hay derecho a venderle a una señora un específico pa la conservación del cabello y dejarle la cabeza como si fuera un rifeño? (*Le quita a la Chula el pañuelo y aparece con la cabeza completamente calva, semejante a una bola de billar. Todos se ríen.*)

CONC. Caballero, un trastrueque lo puede tener cualquiera, y yo reconozco que sufrí una equivocación. A su esposa le dí el depilatorio Calvo, y a la viuda de Cabello el regenerador Felpudo. (*Se oyen en la casa de enfrente voces de ¡socorro! y en seguida un tiro.*)

MARC. ¡Llegó la tragedia!

LEONA. ¿Pero, qué es eso? (*Todos se han levantado asustados. La chica se esconde detrás de un mueble. Nuevas voces de Ceballos.*)

CEBALL. (*Dentro.*) ¡Infame!... ¡toma sol!... (*Otro tiro.*)

MARC. (*Aparte.*) ¡La va a hacer una criba!... (*Se asoma al balcón y grita.*) ¡Pero, so bárbaro!... ¡guardias!... ¡Pero don Paco!

CEBALL. (*Dentro.*) ¡Y a tí también, granuja!... (*Otro tiro. Uno de los cascos colgados en la pared cae al suelo, como si lo hubiese derribado el tiro.*)

MARC. ¡Mi madre, que tira aquí! Retírense ustedes, que ahora enfoca este cuarto. (*Otro tiro. Cae el otro casco.*)

TODOS. ¡Ay!...

MARC. ¡Me río yo del desembarco en Alhucemas!

ESCENA XII

DICHOS, MAUREGATO y un HOMBRE, con un cuadro.

HOMB. (*Entrando con Mauregato.*) ¿Está en casa el pintamonas que ha hecho esta birria?

MARC. Servidor y birrioso.

HOMB. Esto se lo va usted a comer. (*Va a cruzar por delante del balcón y todos le sujetan.*)

MARC. ¡No pase usted de ahí!
CONC. No pase por delante del balcón.
HOMB. ¿Pues, qué pasa?
MARC. ¡Que no pase!
HOMB. ¿Cómo que no pase? (*Otro tiro.*) ¡Arrea! ¿pero es que tiran aquí?
MARC. Sí, señor. Un Paco que hay enfrente. (*El hombre tira el cuadro y retrocede; todos los personajes, resguardándose como pueden para no entrar en la zona peligrosa, gritan.*)
TODOS. ¡Guardias, al doce... al doce, guardias!... (*Suena otro tiro y cae al suelo la jaula del loro.*)
LORO. ¡Me han asesinao!
MARC. ¡Dios santo, el loro!
CONC. ¡La diñó Pirandello!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La escena representa un salón elegantísimo en un hotel particular de Madrid, donde habita Clara Luna. Los muebles, a capricho del director de escena, han de ser lo más lujosos posible. Gran puerta de entrada en el centro del foro. Próximo a esta puerta, y dando frente al público, habrá un gran caballete dorado con tallas o molduras que sostiene un cuadro, el cual, al empezar la acción, está cubierto con una rica cortina, que puede descubrirse corriéndola a voluntad. El cuadro será grande, como de ochenta centímetros o un metro de altura, y anchura proporcionada. Dos puertas al lado izquierdo, en primero y segundo término. A través de la puerta de foro puede verse una gran cristalera que da a un jardín y al que se desciende por escaleras que se suponen a los lados. Elegantes aparatos de luz eléctrica, cuadros, algún bargueño, algún secretaire, sofás, butacas, etc., etc. Es de día.

ESCENA I

CLARA y TULA

(*Al levantarse el telón aparecen sentadas.*)

CLARA. Sí, querida Tula, eso constituye la amargura de mi vida, el tormento de mi espíritu. Rodeada de cuanto puede hacer materialmente la felicidad de una mujer, protegida por un hombre bueno y millonario, soy, sin embargo, muy desgraciada. ¡No tengo padres!, o mejor dicho, ¡nunca conocí a mis padres! ¿Te haces cargo, Tula, de lo que significan esas horribles palabras?
TULA. ¡Pobre Clarita, me desgarras el corazón!

CLARA. Muerta mi pobre madre, al poco tiempo de nacer yo, fuí despiadadamente abandonada por el hombre que me dió el ser, y he rodado por la vida sola, ¡terriblemente sola! ¡No sabes lo que es eso, Tula! Tu no tienes dinero, pero tienes a tu madre.

TULA. Un poco viejecilla, pero, es verdad... ¡la tengo!... y no sabes el consuelo que eso da. La saco a pasear en un simón, y la convido a tomar chocolate en doña Mariquita. No le gusta Molinero, porque le llama «la peletería», y es verdad, que se dedican a quitarse la piel unas a otras. (*Se detiene al ver que Clara llora.*) ¡Ay, perdóname... no tuve en cuenta!...

CLARA. ¿Lo ves, Tula? ¿Comprendes mi tormento?... Todos los días oyendo hablar a los demás de sus grandes amores... y yo miro en torno mío y no encuentro más que amigos, criados; es decir, extraños que no llevan mi sangre.

TULA. Y si al menos tuvieras algún otro pariente más lejano.

CLARA. Ni eso, que algo consolaría mi triste abandono. Estoy sola en el mundo.

TULA. ¿Y tú no has hecho gestiones para averiguar el paradero de tu padre, si es que existe?

CLARA. Naturalmente; y gracias a las hábiles gestiones de mi administrador, he podido encontrar un retrato de mi padre.

TULA. ¿Es posible?

CLARA. Y tan posible. Una pequeña miniatura que estaba en un medallón, exactamente igual a otro que, sin duda, me puso al cuello mi madre y que siempre llevé con su retrato. Lo tenía cierta señora... bueno... señora... uno de os mil caprichos de mi padre. He mandado hacer una ampliación de esa miniatura nada menos que a Romero de Torres, y me ha pintado una maravilla. ¡Qué parecido, qué color y qué factura!

TULA. ¿Te cobró mucho?

CLARA. No, relativamente barato.

TULA. Como decías, asombrada: ¡Y que factura!

CLARA. Me refería a la ejecución del trabajo.

TULA. Oye, ¿y, si no es indiscreción, dónde tienes esa joya?

CLARA. Aquí está. Este es mi padre. (*Descorre la cortina que cubre el cuadro del caballete y aparece un retrato grande en color de Marcos. Los ocho años transcurridos, desde la fecha del retrato, han cambiado muy poco o nada sus facciones e indumentaria. Esta casi igual que apareció en el primer acto.*)

TULA. (*Lo examina*) Realmente, una gran figura.
CLARA. Es guapo, ¿verdad?
TULA. Un tipo de hombre que encanta.
CLARA. ¡Que dulzura tiene en los ojos! (*Besando el retrato emocionadísima.*) ¡Padre... padre mío!...
CLARA. ¡Vamos, Clara, por Dios, no te emociones!
CLARA. No puedo reprimirme. Le veo y se me inundan los ojos de lágrimas. ¡Ay, si yo pudiera besar tu frente y tus mejillas... padre!
TULA. Bueno, mujer, bueno. (*Corre la cortinilla del retrato tapándole de nuevo y separa a viva fuerza a Clara del cuadro.*)
CLARA. Sí, tienes razón; ¿para qué luchar con lo imposible?

ESCENA II

DICHAS, y DON MAGIN por el foro, con unos papeles en la mano.

MAGÍN. Con permiso, Clarita. (*Saluda a Tula.*) Señora...
CLARA. (*Presentando.*) Una antigua amiga de colegio. (*Magín y Tula se saludan con una inclinación de cabeza.*) Aquí tienes al triunfador... el que consiguió el retrato y quizá algún día consiga...
MAGÍN. Nada, Clarita; por desgracia, no se conseguirá más. Este es un asunto terminado. En el correo de hoy ha venido una carta del agente de Canarias que quita toda esperanza. No se ha podido encontrar el menor rastro de don Melitón, el cual acaso ni viva. Sólo ha podido enviarme algunos detalles obtenidos de cierta persona que los oyó a un íntimo amigo de don Melitón recientemente fallecido, acerca de la vida y milagros de este último. Según esas referencias, su señor padre de usted en cuestiones de volubilidad pasional ha batido el record de los gallos. Y no es eso lo peor, con ser malo, sino que a su despreocupación amorosa, unía un odio profundo hacia los hijos que tan inmoralmente procreaba. Perdone usted, Clarita, pero...
CLARA. Siga, siga... ¿Qué culpa tiene usted?
MAGÍN. Ni oir hablar de ellos consentía. Se enfurecía atrozmente si alguien se atrevía a tocar esa cuestión, e invariablemente negaba que fueran suyos. Bien es cierto que la mayor parte fueron a los tornos de la Inclusa. Hasta cambiaba de nombre para evitarse disgustos. ¡Un caso inaudito de perversión moral! Por este motivo, Clarita, mi consejo es que abando-

nemos ya toda gestión y evitemos más gastos. Mi impresión es que nunca encontrará usted a su padre, pero si le encontrara, nada habría usted adelantado. La negaría como San Pedro a su Maestro. Esto es seguro

CLARA. ¿Quién sabe?

MAGÍN. No se haga usted ilusiones. ¿Por qué había usted de ser una excepción?

CLARA. Pero...

MAGÍN. No pregunte, no indague, no ahonde, no escudriñe. Vaya, voy a echar unas cartas. Hasta luego, Clara. (*Saludando a Tula.*) Señora... (*Vase por el foro.*)

CLARA. Supongo que me acompañarás a almorzar.

TULA. Encantada.

CLARA. Quiero que recordemos de sobremesa nuestra vida de colegialas. Anda, ven a quitarte el sombrero. (*Vanse ambas por primera izquierda.*)

ESCENA III

MARCOS, AMPARO; después, TULA; después, CLARA; luego, CRIADOS 1.º y 2.º

(*Se oye sonar un timbre fuera. Amparo, doncella de la casa, aparece en el foro y mira hacia la izquierda.*)

AMPAR. (*Como hablando con alguien.*) ¿Eh?... bueno, pues que suba por la escalera interior. (*Va a la segunda izquierda, se asoma un poco por ella y dice.*) Sí, suba usted... tenga cuidado, que esta escalera es muy pina.

MARC. (*Entrando por la segunda izquierda. Lleva una caja de pinturas en la mano.*) ¡Caramba, si que es empinadita la escalera! Muy buenas, niña.

AMPAR. Muy buenas. (*Fijándose en él.*) Pero... pero... (*Persignándose.*) ¡El dulcísimo nombre de María!... ¡Si es igual! (*Balbuceando.*) ¿A quien anuncio?

MARC. Al recomendado del señor Benítez. El artista que viene a restaurar los *paneaux*.

AMPAR. ¡Es un calco!... (*Vase, mirándole sin cesar, por la primera izquierda.*)

MARC. ¿Que le pasará a esta chica?... Parece que se ha emocionado al verme... y se ha persignado... (*Se sienta en una butaca.*) Estoy lo que se llama brutalmente asombrado. ¡Vaya un hotel! ¡Y que hall!... ¡y qué salones! ¿Pues y la cocina?, porque me han hecho

pasar por la cocina, de donde arranca esa escalera interior... esto es una maravilla... (*Mirando a los cuadros que hay en las paredes.*) ¡Menudos cuadros¡... (*Se levanta y examina uno de ellos.*) ¡Toma!... ¡una pochez!... un Rubens... (*Mira otro.*) ¡Sopla!... ¡un Greco!... Bueno, que aprecien en esta casa mi trabajo y me circunferencio.

TULA. (*Por primera izquierda, ya sin sombrero. Amparo, que sale tras ella, vase por el foro.*) Caballero...

MARC. Señorita...

TULA. Doña Clara Luna le ruega que tenga la bondad de esperar un minuto, mientras... (*Fijándose.*) ¡Dios mío!... ¡Virgen de Guadalupe!... (*Se persigna.*)

MARC. (*Aparte.*) ¡Pero qué religiosas son en esta casa!

TULA. (*Aparte.*) ¡Un calco!... ¿Será coincidencia?... (*Balbuciendo.*) Con... el permiso... de usted, caballero. ¡Igual, igual!... (*Vase por primera izquierda.*)

MARC. Esta señorita también me ha dirigido la visual con una expresión de asombro que me ha dejado lo que vulgarmente se denomina adinámico. ¡Y venga persignarse!

TULA. (*Dentro.*) Ven, ven, tú misma te vas a convencer.

CLARA. (*Dentro.*) Será una coincidencia.

MARC. Gente llega. Preparémonos a cumplimentar como palaciegos.

CLARA. (*Seguida de Tula por la primera izquierda. Muy nerviosa y con el pelo suelto.*) Caballero...

MARC. Señora...

CLARA. ¡Jesús!... (*Cae desmayada sobre una butaca.*)

TULA. ¡Clara!... (*Corriendo al foro y llamando desde la balaustrada.*) ¡A ver... los criados!... ¡Vengan en seguida!... (*Vuelve a atender a Clara.*)

MARC. Pero ¿qué tengo yo? (*Entran corriendo por el foro y Amparo y dos criados de librea, uno con grandes patillas, como si fuera un mayordomo.*)

TULA. ¡Agua... vinagre... éter!... ¡Pronto! (*Amparo vase corriendo por primera izquierda.*) Ustedes, ayúdenme a llevarla a su alcoba.

MARC. (*Al criado primero.*) Oiga, amigo, ¿es que es neurótica?...

CR. 1.º ¡San Antonio me valga! (*Se persigna.*)

MARC. ¿También este patilludo?

CR. 1.º (*Al criado segundo.*) Fíjate, Bonifa.

CR. 2.º ¡Anda, si es el tío ése! (*Amparo entra corriendo, llevando varios frascos.*)

TULA. (*A los criados.*) ¡Vamos! (*Entre todos se llevan a Clara, desmayada, por la primera izquierda.*)

ESCENA IV

MARCOS; después, CLARA

MARC. Bueno, el recibimiento que hasta ahora me están haciendo en esta casa no parece el corriente para un artista que viene a restaurar unos *paneaux*. Unos se persignan, otros se desmayan... Indudablemente es que tengo algo, ¿pero que?... En fin, ya me lo dirán. (*Mirando un cuadrito.*) Sin firma, pero no parece malo. (*Mirando otro*) Este no vale nada. (*Fijándose en el caballete.*) ¡Hombre, ahí sí que deben tener algo soberbio! Cuando le han cubierto y puesto en caballete..., a lo mejor un Murillo o un Velázquez... Yo no me quedo con la curiosidad... (*Descorre la cortina.*) ¡Retintoretto!... ¡Qué barbaridad!... ¡Bueno, esto es para volverse loco!... ¡Este tío soy yo, es decir, este caballero simpatiquísimo es mi persona! El rostro, el tipo, el bigote borgoñón, la mirada dulce, la chalina en gracioso desorden!... ¡Que soy yo, que soy yo, que está clarísimo que soy yo!... Pero, yo aquí... ¿cómo, a qué y por qué? Y, además, soberbiamente ejecutado, pictóricamente hablando. ¡Toma, la panocha... de Romero de Torres!... ¡Esto es para una meningitis!... ¿Deliraré, Dios mío?... Pero, no..., si cuanto más lo miro, más me convenzo de que soy yo... que soy yo...; pero, ¿cómo, a qué y por qué?

CLARA. (*Dentro.*) Yo necesito hablar con él. Dejadme.

TULA. (*Dentro.*) ¡Por Dios, Clarita!

CLARA. (*Dentro.*) Sabré contenerme. Dejadme. (*Apareciendo por primera izquierda.*) Caballero, ¿me permite unas palabras?

MARC. Las que usted quiera. (*Clara cierra las puertas. Aparte.*) ¡Caray, empiezo a tener miedo!

CLARA. Caballero, tenga la amabilidad de sentarse y oirme con tranquilidad. Perdone que las palabras tiemblen en mis labios, pues en este instante no soy dueña de mí. ¡Es mucha emoción la que siento! ¡Una emoción como nunca sentí en mi vida, caballero! (*Se han sentado los dos.*)

MARC. Señorita, usted dispone de mí sin limitación alguna. (*Aparte.*) Siento una curiosidad que me la envidiaría Weyler.

CLARA. ¡Gracias, gracias; es usted muy amable, y esto llena mi alma de gozo inmenso! Conozco algo de su historia, un poco donjuanesca, pero muy natural, después de todo. La carne es flaca.

MARC. Y cara.

CLARA. Yo, por eso no he de recriminarle, ¡líbreme Dio: ¿Quién soy yo para pedirle cuentas a mi p... buen a usted? ¡Oh, sería absurdo!

MARC. Usted hace de mí un rebujo, lo tira a sus plantas, yo enajenado de placer en servirla.

CLARA. Me entusiasma verle en esa actitud. Le ruego qu concentre bien sus recuerdos, y, sobre todo, le im ploro que conteste franca y sinceramente a mis pre guntas. Vamos a ver, caballero, ¿conoce usted est medallón? (*Se quita del pecho el que vendió Concordia*

MARC. ¡Caray, es el de Concordia!

CLARA. Justamente, el de Concordia. Celebro en el alma qu no me niegue sus relaciones con esa mujer. Esto y es un gran paso.

MARC. ¿Y por qué lo iba a negar? Lo que no comprendo e cómo tiene usted en su poder esa baratija.

CLARA. Me la vendió doña Concordia en dos mil pesetas.

MARC. (*Aparte. Mientras Clara va a buscar otro medallón uno de los muebles.*) ¡Alivia!, y no me ha dicho nada.. la deslomo. Pues ya comprendo lo del retrato grande

CLARA. Aquí tiene usted otro medallón idéntico. (*Lo abre.* ¿Conoce usted a esta señora?

MARC. (*Examinando el retrato.*) No la he visto en mi vida

CLARA. (*Aparte.*) ¡Malo!, ya empieza a escamarse. (*Alto.* Recuerde bien, caballero.

MARC. ¡Qué guapa es!

CLARA. Era, caballero. Tengo en mi poder su partida de de función. ¡Pobre madre!

MARC. ¡Ah! ¿Era su madre?

CLARA. Sí, señor.

MARC. Mi más sentido pésame.

CLARA. (*Aparte.*) ¡Qué cínico es; tenían razón! (*Alto.*) ¿Y usted no sabe de qué murió esta mujer?

MARC. ¿Cómo voy a saberlo? A lo mejor, diabética.

CLARA. (*Mirándole fija y severamente.*) Esta infeliz murió, según dicen, de un gran disgusto que le dió el hombre con quien vivía, y que después la abandonó infamemente.

MARC. ¡Qué granuja!

CLARA. Sí, qué granuja. ¿No le recuerda a usted nada esto?

MARC. Ni pizca.

CLARA. ¡Pero por los divinos clavos del Señor! ¿A usted la voz de la sangre no le dice nada?

MARC. Nada.

CLARA. ¿Se atreve usted a decirme que no le dice nada la voz?

MARC. Leo el *A B C*.

CLARA. ¡Aunque lea usted «La Gaceta de los Caminos de

Hierro». ¡Es desesperante! Pero no puedo creerlo... ¡Se me resiste el creerlo! Hay algo de grande, de excelso, dentro de todas las criaturas, que por muy duras de corazón que sean sale a flor de labios. ¡Son las hienas, y el amor a sus hijos dulcifica el terror de sus miradas!

ARC. Eso es muy bonito, y es una verdad tan grande como San Francisco.

LARA. ¿Lo ve usted, caballero? ¡Pues si tengo razón, el corazón de usted, duro quizás por los vaivenes de la vida y las amarguras de los hombres, se ablandará, estoy segura!

ARC. Señorita, he de advertirle que está usted equivocada. Precisamente tengo un corazón que es un azucarillo.

ARA. No son esas las referencias que me han dado.

ARC. Póngame usted a prueba, porque es muy sencillo.

ARA. ¿No me engaña usted?

RC. Lo juro.

ARA. Pues bien, si esto es cierto, aquí están mis brazos esperando los tuyos, padre mío.

RC. (*Levantándose de un salto.*) ¡Realhucemas!... ¿pero qué dice usted?

ARA. ¡Ah!, ¿lo ve usted?... no... no me engañaron... usted no quiere oir hablar de mí, ni tenerme a su lado, ni que nadie le dé noticia de sus catorce hijos.

RC. ¡Reconcho!

ARA. ¡Ah, sí!... ¡torpe de mí!... ya comprendo... acaso mi vida irregular le avergüenza... ¡claro que es eso!... ¿pero de quién es la culpa, más que de usted?

RC. ¿Mía?

ARA. Naturalmente; si yo hubiese vivido al abrigo de un honrado hogar, no tendría ahora que avergonzarme... pero usted abandonó a mi madre... (*Con amargura.*) ¡Mi madre!

RC. (*Aparte.*) ¡Mi madre, que me he metido en un manicomio!

RA. Y de seguro mis catorce hermanos corrieron la misma suerte. Ya conozco su afición a abandonar a los hijos en el torno de la Inclusa. ¡Ah, cuántos tornos habrán girado por su culpa!

RC. ¡No, eso no!; llámeme usted desalmado, libertino, hediondo... todo, todo menos tornero; eso, ¡eso, no!

RA. ¡Dios mío! Tu infinita bondad me colma de venturas y riquezas... Un hotel en Biarritz, otro en Asturias, otro aquí... dinero a manos llenas... tres automóviles... pero me privaste de las caricias de unos padres amantes...

MARC. (*Aparte.*) ¡Caray! Me parece que ha dicho dinero manos llenas y cuatro o cinco hoteles... (*Alto.*) Ca ma, señorita.

CLARA. Perdone usted, padre, mis recriminaciones, per como así la vida sería una tortura espantosa, u martirio de infierno... antes que sufrirlo, el etern descanso, la paz infinita.

MARC. ¿Pero qué está usted divagando?

CLARA. Que no quiero sufrir, y como no quiero sufrir me m taré aquí mismo delante de usted, por culpa de uste y pues usted me mata, usted responderá ante Dic

MARC. ¡Pero, rediez, Clara, usted es una demente! ¿qu digo una demente? ¡Una rematadísima!

CLARA. ¡No hablemos más! (*Se dirige a un mueble com para coger un arma.*)

MARC. (*Corriendo tras ella.*) ¡Clara! ¡Clarita!

CLARA. ¿Qué?

MARC. Un momento.

CLARA. (*Fríamente.*) Le escucho.

MARC. Usted ha hablado de mucho dinero para gastar, no he oído mal.

CLARA. Gasto veinte mil duros por año.

MARC. Y de que es usted dueña de cinco o seis hoteles...

CLARA. Tres; en Biarritz, aquí y en Ribadesella.

MARC. Y no sé si he oído algo de unos automóviles...

CLARA. Un Rolls, un Packard y un Hispano, que me h costado un ojo de la cara.

MARC. ¡Que le han costado un ojo!... (*Abriendo los br zos.*) ¡Hija!... ¡hija!...

CLARA. (*Abrazándole.*) ¡Padre!... ¡Por fin!...

MARC. ¡Hija mía!...

CLARA. ¡Padre de mi alma!...

ESCENA V

DICHOS, AMPARO, por segunda izquierda; después, CONCO DIA; después, CLARA, por primera izquierda.

AMPAR. (*Entrando.*) Señorita, abajo está una mujer que v ne de parte de doña Ceferina.

CLARA. Ah, sí, ya sé. Que suba y espere aquí un momen (*Vase Amparo.*) Padre mío, le ruego me acompa voy a enseñarle las habitaciones que ocupará us desde este momento. Y le presentaré a una amig ta de colegio.

MARC. Como quieras, encanto de mis ojos. (*Aparte.*) Pasa mañana no habrá más que dos hombres bien insta dos en el mundo, yo y el Rajah de Kapurtala.

CLARA. ¡Padre!...

MARC. Voy, hija mía. Oye, ¿esos tres palacetes que tienes, a cuáles que yo conozca se parecen?

CLARA. Se dan un aire con el palacio de Murga.

MARC. ¡Dios mío, yo con tres murgas... como si fuera una kermesse de barrio! (*Vase por primera izquierda, abrazando a Clara.*)

AMPAR. (*Por segunda izquierda, seguida de Concordia.*) Pase usted.

CONC. (*Algo mejor ataviada que en el acto primero y con dos maletas en la mano.*) Gracias, amable servidora. ¡Caramba, que escalerita!

AMPAR. La señora saldrá enseguida.

CONC. Que no se violente por mí. Estoy acostumbradísima a esperar. He ido un millón de veces a sacar la cédula con recargo.

AMPAR. (*Riéndose.*) Pues la señorita no la hará esperar tanto.

CONC. ¿Sería usted tan amable que me hiciera un favor?

AMPAR. Usted dirá.

CONC. Si viene alguien preguntando por doña Concordia, que soy yo, que espere en el jardín. ¿Puede ser?

AMPAR. ¿Por qué no?

CONC. Gracias. Caramba, y usted perdone, joven, pero es que trasciende a media legua. (*Olfateando a la doncella.*) ¿Qué perfume gasta usted, si no es indiscreción?

AMPAR. Pues el de la señorita. «Pafun del Mulin Rouge». (*Pronunciando mal, literalmente.*)

CONC. ¡Oh, anticuadísimo, lo conozco, le puso de moda la Mistinguette! (*Sacando de la maleta un frasco que la ofrece.*) Fíjese usted. El último grito.

AMPAR. (*Leyendo la etiqueta.*) ¡Ay, ay, ay!

CONC. Una esencia que penetra en la epidermis y algo en el dermis. Es de la casa Roa. (*Se lo hace oler.*)

AMPAR. Verdaderamente, es un olor delicioso.

CONC. Usted debe tomarme un frasquito. Tres cincuenta.

AMPAR. Yo, señora...

CONC. No se preocupe del dispendio. Usted me lo abona como quiera. Al contado, a plazos semanales, o aceptando una letra contra el Banco Alemán Transatlántico.

AMPAR. ¡Por Dios, señora, no faltaba más! (*Le entrega un duro.*) Ahí tiene usted cinco pesetas.

CONC. (*Guardándose el duro.*) Muchísimas gracias por el sobrante. Es usted de una filantropez que absorta.

AMPAR. No... me tiene usted que devolver seis reales.

CONC. ¡Ah!... (*La devuelve el dinero.*) Tome usted.

AMPAR. (*Mirando hacia dentro.*) La señora llega. Con su permiso.

CONC. Vaya usted con Dios. (*Vase Amparo por el foro*.) Las propinas no existen ya más que en los cuentos infantiles de Calleja.

CLARA. (*Saliendo por primera izquierda.*) Señora, me tiene usted que perdonar... (*Concordia hace una reverencia*.)

CONC. Encantadora clienta, que ya me permito honrarme con ese vocablo. Vengo, como sabe, enérgicamente recomendada por su estimable amiga doña Ceferina Escalera, con la férvida esperanza de que la multitud de artículos que corro sean de su agrado, y me encuentre favorecida con sus frecuentes pedidos.

CLARA. Tenga la bondad de sentarse.

CONC. (*Sentándose.*) Reconocidísima.

CLARA. ¿Y qué es lo que usted vende?

CONC. Todo lo referente a perfumería, bastante de bisutería, y no menos de especifiquería farmacéutica.

CLARA. Muy bien.

CONC. ¿Usted me permitirá que la exhiba parte del muestrario?

CLARA. Con mucho gusto.

CONC. En jabones tengo un surtido verdaderamente abarrotante. Marcas españolas, de la casa Floralia, de la Toja, Cibeles, Lagarto, Gal, Mirurgia, Olimpia y Archena. La señora dirá.

CLARA. Póngame tres pastillas de la marca Lagarto. Nunca la he probado.

CONC. ¡Oh, excelente y espumosísimo! (*Saca tres pastillas y las coloca sobre el velador.*) Aquí tiene usted. Lagarto, Lagarto, Lagarto. En sales para el tocador poseo un nutrido *stock* de la casa Solsona Fombona, de Barcelona; de la casa Zugasti, de Bilbao, y de la casa Naja hermanos, de Jerez de la Frontera. Vea usted. (*Mostrando tres frasquitos.*) El frasquito de esta última es precioso, como la señora puede apreciar.

CLARA. Pues, póngame de esta. ¿Dice usted que se llama?

CONC. Sales de Naja. También en polvos de arroz, mi *stock* es variado y selecto. (*Sacando cajas.*) Manufactura catalana, sevillana y valenciana. Ahora, que yo tengo el deber de advertir a la señora que de todas las manufacturas españolas que se dedican a esta fabricación, no hay quien supere en polvos de arroz a la valenciana. ¿Una cajita?

CLARA. Bueno.

CONC. Pues una cajita. En perfumería, puedo ofrecer a la señora lo más moderno y elegante... Mire usted qué monada. (*Enseñando lo que indica.*) Unos botijitos con perfume de deleite, a dos cincuenta, y estos s

foncitos imitando a los de agua de seltz con esencias variadas, marca «Exprés», a tres veinticinco.

CLARA. Póngame uno de cada.

CONC. Perfectamente, ya lo creo. Ahí tiene usted, un exprés y un botijo. Y ahora me va usted a permitir que saque dos mercancías selectísimas. El perfume parisino «Loritán Coty», esencia de esencias al jazmín, nardo y violeta: y su similar «Loritin Lubén», «Bouquet Gardén Party», quintaesencia de ensueño.

CLARA. ¿Usted cuál me aconseja?

CONC. Ambos son dos exquisiteces. Tanto monta el uno como el otro. Quedará usted satisfechísima, igual con el de la casa Coty que con el de la casa Lubén, que con el Loritin que con el Loritán.

CLARA. Uno de cada.

CONC. Y para no abusar de la señora, ya que tan amablemente me ha recibido, el día que la señora me indique, volveré para enseñarle el segundo muestrario de especifiquería farmacéutica, en donde encontrará productos tan excelentes como, verbigracia, el Elixir de larga vida, denominado «Primo Riverol», la «Despejina» contra la jaqueca, el «Sobacol» contra la secreción de las axilas, y unas barras para los labios a base de cacao pasteurizado...

CLARA. Las conozco. Son francesas.

CONC. No, señora. Estas son barras de Viena. No sé cómo expresar a la señora mi agradecimiento por su bondadosa acogida.

CLARA. No he hecho más que cumplir un deber atendiendo la recomendación de mi amiga, la señorita Escalera.

CONC. Por cierto que es también de una bondad y de una simpatía que anonada. Se me ha quedado con catorce artículos, entre ellos una máquina de afeitar para su padre, la «Rasurette Mignon», con la que es imposible cortarse, ni aun delante de Su Majestad. Además, lleva esta máquina una aplicación para cortar el pelo, un peine para peinarlo y un tubo cilíndrico para alisarlo.

CLARA. Hombre, a propósito; si tuviera usted una para papá...

CONC. ¿Ha dicho usted para papá?... Sí, debe quedarme alguna. Aquí tiene usted. El mejor regalito para papá...

CLARA. Voy a enseñársela. ¡Qué alegría voy a darle, porque el pobre debe llevar el pelo de cuando hizo la primera comunión! Con su permiso. (*Vase por primera izquierda.*)

CONC. Mientras tanto, y por si acaso, voy a sacar el cos-

mético «Hormigón» para el cabello y la «Crem[a] Llera», sustitutivo prodigioso del jabón para afeitar se. Por cierto que no recuerdo los precios. (*Saca u[n] librito que consulta.*) «Cosmético Hormigón», cua tro pesetas.... Pondré cinco... «Crema Llera», och[o] pesetas. ¡Caray, lo que ha subido, qué barbaros!.. Pondré doce... Perfectamente.

ESCENA VI

CONCORDIA; después, CLARA y MARCOS, por primera iz quierda; después, TULA. Marcos viste un pijama muy llamativo

CLARA. Pasa, papá. (*Presentándole a Concordia.*) Mi padre

CONC. (*Aparte.*) ¡Mi madre!

MARC. (*Aparte.*) ¡Mi abuela!

CLARA. A papá le ha gustado mucho la maquinita, ¿verdad papá?

CONC. ¡Ay!... (*Se siente presa de un síncope y cae desma yada en una butaca.*)

CLARA. Pero ¿qué es esto? (*Acudiendo a ella.*) ¿Qué le pasa a esta señora?

MARC. (*Aparte.*) ¡Daría una peseta por estar en Man chester!

TULA. (*Asomando en la primera izquierda.*) Clara, un momento. El duque de Gal, que te pongas en segui do al aparato.

CLARA. Voy. ¡Caramba, qué contratiempo! ¡Pobre mujer! Atiéndala usted, padre. (*Vase por primera iz quierda.*)

MARC. (*Acercándose a Concordia.*) ¡Concordia!... ¡Concor dita!...

CONC. ¡Sales!

MARC. ¿Cómo?

CONC. ¡Sales!

MARC. ¡Ah, sí! (*Abre la maleta, saca un frasquito y se lo da a oler.*)

CONC. (*Pega un salto y da un grito.*) Animal, ¿qué me has dao?

MARC. (*Leyendo la etiqueta del frasco.*) ¡Atiza! «Amoníaco purísimo».

CONC. (*Pasándose la mano por la frente y reponiéndose.*) ¡Ay!..., ¡granuja!... ¡Tú en esta elegante casa y en pijama! (*Levantándose y yendo como una fiera ha cia él.*) ¡Miserable, te ahogo!

MARC. ¡Concordia, por Dios, yo te contaré!...

CONC. ¿De modo, caballero, que le ha gustado a usted la máquina?

MARC. Enormemente; ahora que lo que siento es que no sea de ferrocarril.

CLARA. ¿Qué lío de faldas es éste? ¿Qué haces aquí de esta guisa?

MARC. No lo sé, hija mía, te lo juro. Llego a esta casa a reparar unos *paneaux*, encuentro este retrato mío... (*Lo descubre.*)

CONC. ¡Ah!...

MARC. Sale una señorita que se empeña en que es mi hija, y me amenaza con matarse si le digo que no.

CONC. ¡Calla, calla!... algo comprendo... (*Aparte.*) Entonces, esta es la hija de Melitón. (*Alto.*) ¿Y que piensas hacer?

MARC. ¡Toma, vaya una pregunta! Pues dejar rodar la bola y darme la gran vida. Figúrate, todo el dinero que quiera, tres hoteles, tres automóviles... ¡un Edén!

CONC. Bueno, ¿y yo?

MARC. También he pensado en ti. Te pondré una peletería en la calle del Gato.

CONC. ¡Miau! ¡Qué rico!... ¡Quiá, de ninguna manera! Lo que sea de ti ha de ser de mí.

MARC. ¿Pero tú cómo vas a...?

CONC. Calla... sí... ya está... ¡estupendo, monumental, de película!

MARC. ¿Qué vas a hacer?

CONC. Calla, que vislumbro en lontananza un porvenir tan risueño como la sonrisa de Gioconda.

MARC. A ver si metes la pata.

CONC. ¡Vete; déjame sola, que necesito hablar con tu hija!

MARC. Bueno; pero, por la Virgen, no me estropees este negociejo.

CONC. Vé descuidado. Mi imaginación no tiene límites.

MARC. Voy a ver si me dan en la cocina un cordial; pediré cuatro huevos con jamón y una copita de Jerez González Carriles. El primer deber de un padre es tonificarse. (*Váse por la segunda izquierda.*)

ESCENA VII

CONCORDIA; después, CLARA.

CONC. Que yo me cuelo aquí, es axiomático.

CLARA. (*Saliendo por primera izquierda.*) Usted habrá sabido dispensarme, pero me llamaron al aparato... ¿Ya está mejor?... Mucho he sentido ese síncope que, verdaderamente, no me he explicado... Y a todo esto, ¿dónde está papá?

CONC. Su señor padre ha ido a tomarse cuatro huevos con jamón.

CLARA. ¡Pobrecillo!

CONC. Señorita... yo le agradecería con toda mi alma... yo la imploro con todo mi corazón... que me escuche, atenta, unos instantes... yo...

CLARA. ¡Está usted nerviosísima, señora! ¿Quiere usted que la traigan una tacita de tila?

CONC. Gracias, bondadosa dama.

CLARA. Pues usted dirá.

CONC. ¿No habrá oídos indiscretos?

CLARA. Puede hablar con entera confianza. (*Se han sentado las dos.*)

CONC. Yo, señora, aunque llevo en España más de veinte años, no soy española.

CLARA. ¿Ah, no?

CONC. No. En tierras de América, donde mi padre fué colono, hirió el sol mis ojos por primera vez. Nací en un bosque de cocoteros.

CLARA. ¡Ah, vamos! ¿Habanera?

CONC. No. Peruana. Allí transcurrieron mis infantiles años sin que la más leve nube empañase mi alegría y mi felicidad. Fuí dichosa hasta el quince de Mayo de mil ochocientos noventa y nueve, a las once y tres cuartos de la mañana, hora en que conocí a un hombre que, con falaces palabras y engañosas promesas, trastornó mi juicio y logró que cayese en sus brazos, entontecida de amor. A los tres años... dispense mi emoción, señora,.. a los tres años nos embarcábamos con rumbo a España en el trasatlántico *Reina Victoria*, con seis baúles grandes y tres pequeños.

CLARA. ¡Buen equipaje!

CONC. Los pequeños eran el fruto de aquellos amores.

CLARA. Ah, ya.

CONC. Durante la travesía, el vapor hizo escala en Santa Cruz de Tenerife, y aquel hombre sin alma dijo que bajaba a visitar la población. El buque zarpó sin que volviese a bordo.

CLARA. ¿Y se quedó en Santa Cruz?

CONC. Y debió visitar todas las Islas Canarias, por que pasaron veinticinco años sin volver a tener noticias de aquel granuja.

CLARA. ¡Qué infame! ¡Abandonarla con tres criaturas!

CONC. Es decir, hace nueve años me contó una amiga que aquel monstruo engañó a otra pobre mujer de aquel archipiélago, con quien tuvo seis hijos.

CLARA. ¡Caracoles!

CONC. Y aquella desgraciada no se murió de hambre gracias a que las seis veces se puso a servir como nodriza.

CLARA. ¡Qué espanto!

CONC. Sí, señora, es horroroso, cruel. Aquella pobre víctima tuvo que dedicarse a la cría de canarios.

CLARA. ¡Qué dramas hay en la vida!

CONC. ¿Y sabe usted, señora, quién es aquel vampiro, aquel ser abyecto y despreciable?

CLARA. ¿Quién?

CONC. El mismo que se está hinchando en la cocina de huevos con jamón.

CLARA. (*Asombrada.*) ¿Mi padre?

CONC. Su padre.

CLARA. ¿Entonces, esas tres criaturas inocentes?...

CONC. Hermanas de usted por parte de padre.

CLARA. Y, naturalmente, usted...

CONC. Madrastra de la señorita y estimada cliente.

CLARA. ¡Dios mío! ¿Por qué me concedes la felicidad de encontrar a mi padre y la desventura de dármelo tan lioso? Ahora comprendo el síncope de usted.

CONC. Figúrese. ¡Después de tantos años!

CLARA. ¡Qué hombre incorregible! ¡Pero no importa, es mi padre y le quiero, sí, le quiero, como yo la quiero a usted, que aunque no sea mi madre, ha dado el ser a aquellos que por llevar mi misma sangre en las venas, son mis hermanos!

CONC. (*Con ternura.*) ¡Hija mía!

CLARA. No sé si atreverme a darle el dulce nombre de madre.

CONC. Sí, puedes dármelo, Clarita; desde ahora lo seré para tí con todo el amor de mi alma.

CLARA. Es que me siento... vamos... no sé...

CONC. No sientas vacilaciones. Ven a mis brazos.

CLARA. ¡Madre de mi alma!

CONC. ¡Hija de mi vida!

MARC. (*Aparece en la segunda izquierda. Aparte.*) ¡La depauperación mundial! (*Deja caer al suelo una bandeja con pasteles que lleva en la mano.*) ¿Pero qué trapisonda habrá urdido? ¡Es enorme esta mujer! (*Recogiendo los pasteles.*) Faltan dos hojaldres y no los veo.

ESCENA VIII

DICHAS y MARCOS

CLARA. (*Viéndole.*) ¡Ah, mi padre! Acércate papaíto.

MARC. (*Acercándose.*) Hija mía.

CLARA. Un ferviente ruego... una rendida súplica...

MARC. Habla.

CLARA. Abraza a esta mujer; santa y mártir, que supo sufrir con resignación evangélica tu abandono del

«Reina Victoria» y tu olvido de veinticinco años.

MARC. (*Aparte.*) ¡Arrea! Urde mejor que Pirandello. Concordia.

CONC. ¡Melitón!...

MARC. ¡Mi madre, qué nombrecito! Aquí están mis brazos.

CONC. ¡Ven a los míos!... (*Se abrazan estrecha y cariñosamente. Aprovechan el abrazo para decirse en voz baja lo siguiente:*)

MARC. Oye, embaucadora ¿qué le has contado a esta papanatas?

CONC. ¿Qué te habías creído, granuja, que eras tu sólo el que ibas a chupar?

MARC. ¡Como abuses de la situación te mondo!

CONC. ¡Ya será menos, sinvergüenza! ¡Sé lo del desbravador!

MARC. Y yo lo de las dos mil pesetas. ¡Pécora!

CONC. Ahora silencio. Disimula, ladrón.

MARC. Disimularé, lechuza. (*Se separan, fingiendo que lloran.*)

CLARA. (*Que los ha contemplado entusiasmada.*) ¡Esta explosión de ternura me llega al alma! ¡Padres míos, así os quiero ver siempre!

MARC. Descuida, cielín, que así nos verás. (*Ofreciendo a Concordia un dulce.*) Toma, mi vida, un coco.

CONC. Lo tomaré para añorar el bosque.

MARC. (*Aparte.*) ¿Pero qué dice del bosque?

CONC. ¿Y tú, no tomas?

MARC. Tomaré este «plum puding», para añorar a los ingleses.

ESCENA IX

DICHOS, TULA, por primera izquierda; después, CRIADO 1.º y el DUQUE DE GAL, por el foro.

TULA. (*Entrando tímidamente.*) ¿Estorbo?

CLARA. ¡Nunca! Ven, que te voy a presentar. (*A Concordia.*) Mi amiga Tula Rozas. (*Reverencias. A Tula.*) ¡Mi madre!

TULA. (*En el colmo del asombro.*) ¿Tu madre?... bueno, eso será una broma...

CLARA. Nada de broma. Verás, te lo voy a explicar... Esta señora...

CR. 1.º (*En el foro.*) El señor Duque de Gal.

CONC. ¡Ah!, que pase. (*A Tula.*) Luego te lo contaré. (*A Marcos y Concordia.*) Os voy a presentar a mi protector, un multimillonario al que todo lo debo, mi bienestar, mi riqueza... ¡ah!, es un bendito... y, sobre todo, me adora.

DUQUE. (*Por el foro.*) ¿Puedo pasar?

CLARA. Adelante, Alberto. (*El Duque es un señor ya talludito, muy solemne y aparatoso en sus palabras y actitudes.*)

DUQUE. (*Estrechando las manos de Clara.*) ¡Oh, querida nena! Vengo, como te harás cargo, al ver mi diligencia en presentarme, verdaderamente emocionado con la noticia que me has dado por teléfono. ¿Pero, es posible? La ilusión de toda tu vida, tu sueño dorado, tu amantisimo padre...

CLARA. Sí, Alberto, sí; estoy loca de alegría. (*Indicando a Marcos.*) Aquí le tienes. Don Melitón González, mi padre. El señor Duque de Gal. (*Reverencia.*) Mi amiguita Tula Rozas. (*Reverencias.*)

DUQUE. Señor González, felicito a usted por este encuentro inopinado, que es la base de tres alegrías sin límites. La de Clara, la de usted y la de este humilde servidor.

CLARA. Alberto, te preparo una nueva sorpresa.

DUQUE. ¡Caramba!, ¿todavía hay más emociones?

CLARA. (*Presentando a Concordia.*) ¡Mi madre!

DUQUE. ¿Tu madre? ¿Pero tu madre no había muerto?

CONC. Caballero, la madre titular de esta señorita habrá fallecido, que yo no lo pongo en duda, pero lo que no se puede discutir es que una servidora es su madre por parte de padre.

DUQUE. ¡Qué parentesco más raro! No lo entiendo.

CONC. Sencillísimo, señor Duque, sencillísimo. El padre de Clarita es, a su vez, padre de tres seres que yo tuve el honor de fecundar, y que al ser hijos del padre de Clarita, y, por lo tanto, Clara hija del padre de mis hijos, yo, aunque, naturalmente, no sea la madre directa de Clara, claro es que, por consanguinidad de los hijos del padre de Clara con Clara, puedo muy bien decir, señor Duque, que soy la madre de Clara. ¿Esto está claro? (*Todos se miran consternados ante el jeroglífico, excepto Clara, que sonríe.*)

MARC. Me parece que el señor Duque no ha entendido una palabra. (*Aparte.*) A ver si lo repite y me entero yo.

CONC. Si hubiese yo creído que se trataba de un cerebro obtuso, le habría dicho simplemente que soy la madrastra de Clarita.

CLARA. Sí, Alberto, es mi madrastra, pero me ha jurado ser mi segunda madre.

MARC. *(Aparte.)* ¡Nada, que se ha metido aquí a tornillo!

DUQUE. Pues bien, querida Clara, recibe mi felicitación más entusiasta. Este es un día memorable para todos. Y

ahora, nena mía, te ruego que nos dejes a tus padres y a mí un momento solos. Tengo que hablar con ellos.

CLARA. ¡No faltaba más! Lo que tú ordenes, Alberto. Ven, Tula. (*Vanse Clara y Tula por la primera izquierda.*)

ESCENA X

MARCOS, CONCORDIA y EL DUQUE

MARC. (*Aparte.*) ¿Qué nos querrá decir este anciano?

DUQUE. Tengan ustedes la bondad de tomar asiento. (*Los tres se sientan.*) No se me oculta, señores míos, la situación equívoca que la aparición repentina y sorprendente de ustedes ha creado en esta casa. Especialmente para mí, se plantea un problema de conciencia, de delicadeza y de honor, que no puedo rehuir.

CONC. (*Aparte.*) ¡Ay, que este tío se va con el cocido!

DUQUE. Entendiéndolo así, mi camino está trazado. Yo debo retirarme para siempre de esta casa, aunque al hacerlo me deje en ella la dicha y el corazón.

CONC. (*Aparte.*) ¿No lo dije?

MARC. Pero si usted se marcha... Clarita...

DUQUE. Clarita debe cambiar radicalmente su actual manera de vivir, dedicándose por completo a cumplir sus deberes filiales, y a llevar una existencia moral y tranquila en un modesto piso de diez o doce duros, reduciéndose en todo lo demás, naturalmente, cuanto le sea posible.

MARC. Pero, señor Duque, Clara posee varias fincas y automóviles, y dispone de mucho dinero en efectivo, según me confesó hace poco.

CONC. Por lo cual, caballero, aunque usted se retire, no vemos la necesidad de reducirnos... bueno, de que se reduzca ella tanto como usted dice.

DUQUE. Clarita, señores míos, aparte de algunas ropas y alhajas, no posee nada. Las fincas y los autos, me pertenecen exclusivamente, y en cuanto al dinero, sólo disponía del que mensualmente la entregaba un servidor para atender a sus gastos. Y al retirarme yo, ¿cómo podría inferirle a ustedes y a ella el sangriento agravio de continuar mandándole un dinero que ustedes me arrojarían indignados a la cara?

MARC. ¡Eso nunca!, señor Duque. Sabríamos contenernos.

CONC. Tenemos demasiada dignidad para utilizar los duros como proyectiles.

MARC. Si acaso, los sevillanos.

CONC. (*Con voz velada por el llanto.*) ¿Qué vamos a hacer? ¡Nos quedaremos sin hija!

MARC. (*Que ha comprendido el truco y también medio llorando.*) ¡Pobrecita! ¡Qué lástima!

DUQUE. (*Sorprendido.*) ¿Cómo quedarse sin hija?

CONC. ¡Naturalmente! ¿O es que usted cree que ella podría sobrevivir a este espantoso golpe?

MARC. ¡Usted no sabe lo que le quiere esa muñeca!

CONC. No hace cinco minutos, nos decía con lágrimas en la voz: «Si algún día perdiera yo el cariño de Alberto, o caería en la tuberculosis pulmonar, o me suicidaría.»

DUQUE. (*Entre asustado y halagado.*) ¿Ha dicho eso?

MARC. Ha dicho eso.

CONC. Y añadía: «¿Qué Alberto es un hombre maduro? ¿Y qué? ¡Cuántos jóvenes quisieran valer la mitad de lo que él vale, y tener el vocabulario de amor que él tiene.» Y cuando ella lo afirma, es que usted la debe decir preciosidades, señor Duque.

DUQUE. Nada..., insulseces...; que procuro decirla galanterías de alguna novedad..., que se salgan de lo corriente... La llamo cencerrito de oro, por ejemplo.

CONC. ¿Qué te parece? Cencerrito de oro...; pues eso es lo que a ella le hace tilín. ¡Y claro, que no hay más remedio! (*Llorando ya francamente.*) Pero es horrendo perder a una hija en la flor de su edad. (*Marcos llora también.*)

DUQUE. ¡Por Dios, señora!

CONC. ¡Déjeme, señor Duque!... El llanto no debe avergonzar a nadie... ¡Lloran los cocodrilos, y son moluscos!...

DUQUE. ¡Calma, señora, calma, que esto presenta la cuestión bajo otro aspecto! (*A Marcos.*) Tenga usted la bondad de llamar a Clarita.

MARC. Volando. (*Vase primera izquierda.*)

DUQUE. Y a usted, señora, la suplico que mitigue un poco su emoción y sepa imponerse a sí misma. ¡Son muchas las espinas qae tenemos que pisar en este valle de lágrimas y contadas las rosas!

CONC. ¡Ay, señor Duque! Yo no sé qué tienen sus palabras, que confortan más que un solomillo.

ESCENA XI

DICHOS, CLARA y MARCOS, por primera izquierda; después, TULA; luego, CRIADO 1.º, por el foro.

MARC. (*Saliendo con Clara.*) Nenita, el señor Duque desea hablarte.

CLARA. ¿Qué quieres, Alberto?

DUQUE. Clara... He hablado con tus padres. Les ofrecí desterrarme para siempre de esta casa.

CLARA. ¡Marcharte tú!

DUQUE. Déjame continuar. Y yo, tratando de conciliarlo todo, he logrado encontrar la solución. Les buscaremos un pisito modesto en los Cuatro Caminos...

MARC. (*Aparte.*) ¡Pero qué afición tiene a los pisos baratos!

DUQUE. ... y tú podrás visitarlos cuando se te antoje, así como ellos podrán venir a verte cuando quieran.

CLARA. No, Alberto, no. Mis padres vivirán conmigo. Son muchos años los que estuve separada de ellos para privarme ahora de la dicha de tenerlos a mi lado. Salvados ciertos escrúpulos, sería para mí horrible no verlos y besarlos a todas horas del día. Y tú vendrás a verme como siempre.

DUQUE. Hágase tu voluntad.

CLARA. Y es también mi voluntad que para celebrar el hallazgo de mis padres, almorcemos todos juntos en la galería de cristales, donde el sol nos inundará de luz y alegría. ¡Ah, y con mi amiga Tula, que la tengo invitada! (*Llamando a la primera izquierda.*) ¡Tula!... ¡Tulita!... (*Sale Tula y habla en voz baja con Clara.*)

DUQUE. Encantadísimo. Mandaré a Lhardy por una cabeza de jabalí trufada.

CONC. Señor Duque, por Dios..., lo que haya...; no somos exigentes.

MARC. Nada de extraordinarios.

DUQUE. He dicho una cabeza de jabalí, y lo dicho está dicho.

MARC. Bien, bien, pues duro y a la cabeza.

CR. 1.º (*Desde el foro.*) Señora...

CLARA. ¿Qué ocurre?

CR. 1.º Unos jóvenes preguntan que si está aquí una señora que corre con perfumería.

CONC. ¡Ah, sí, caramba! Balbino y Abelardo, mis hijos, que les dije que vinieran a buscarme a la puerta de este hotel.

CLARA. ¿Cómo?... Entonces... esos jóvenes...

CONC. Sí, Clarita, son...

CLARA. ¿Mis hermanos?

CONC. Tus queridos hermanos.

CLARA. ¡Dios mío, cuánta felicidad en tan pocas horas! (*Al criado.*) Diga usted a esos jóvenes que suban inmediatamente. (*Vase el criado. Al Duque.*) Ya ves, Alberto; hace un instante estaba sola en el mundo, y ahora, no sólo tengo a mis padres, sino que voy a conocer a mis hermanos, a tenerlos junto a mí, a comer con ellos, a ir con ellos a los teatros, al cine... ¡qué feliz soy!

DUQUE. Y yo participo de esa alegría.

TULA. (*Aparte.*) ¡Cómo crece esta familia!

ESCENA XII

DICHOS, BALBINO y ABELARDO, por el foro.

(Balbino viste como los taberneros, mandil, manguitos y en mangas de camisa. Abelardo viste de chaquet y lleva una flor en el ojal y un bastoncito.)

BALB. *(Desde la puerta.)* Ven, Abelardo... No seas tan tímido, hombre.

DUQUE. ¡Un tabernero!...

CONC. *(Saliendo a buscar a Abelardo, al que entra de la mano.)* Es tan corto...

ABELA. *(Apareciendo.)* Con su beneplácito, y muy atentas. ¿Siguen bien, caballeros? Señoras... a sus microscópicos pies...

DUQUE. ¡Caracoles, qué fino! Esto ya es otra cosa.

CLARA. ¡Qué elegante y qué guapo!

CONC. *(Colocándose entre Balbino y Abelardo.)* No saludéis ni miréis a Marcos. Como si no lo hubiéseis visto en la vida.

BALB. *(Aparte.)* Bueno, bueno.

ABELA. *(Aparte.)* ¿Qué lío será éste?

MARC. *(A Concordia.)* Oye, tú... ¿Qué hago yo al ver a mis hijos?

CONC. Disimula y ahora verás. *(Alto.)* Melitón...

MARC. ¿Qué quieres?

CONC. Por muy duro que tu corazón haya sido hasta ahora, espero que te apiades y des a tus hijos el primer beso paternal.

MARC. *(Abrazándolos.)* ¡Hijos míos!

BALB. Yo no le conozco a usted.

ABELA. Ni yo...

MARC. No importa. Soy vuestro padre, aunque no queráis... *(Aparte a ellos.)* Muy bien, chicos, sois unos hachas.

ABELA. Madre mía, me permito rogarla que nos retiremos presto de aquí, con la aquiescencia de los moradores, porque a nuestro tío Homobono le hemos dejado abajo en el jardín, y, como usted sabe, el pobre está imposibilitado. y con su carácter agrio e iracundo, debido a su enfermedad, puede molestarle una larga espera.

CLARA. ¿Pero será posible? ¿Tengo un tío imposibilitado? *(Toca un timbre.)*

CONC. Sí, hija mía, impedido y sordo.

CLARA. ¡Pobrecillo! ¿Y lo dejan ustedes en el jardín? ¡Con la humedad que hay!

ESCENA XIII

DICHOS, CRIADO 1.º, por el foro; después, el TIO HOMOBONO y CRIADOS 1.º y 2.º

CR. 1.º ¿Señora?

CLARA. Baje usted con el mozo de comedor y, con mucho cuidado, ayuden a subir a un caballero imposibilitado que está en el jardín.

CR. 1.º En seguida. (*Váse por el foro.*)

DUQUE. (*A Tula.*) ¡Un tío imposibilitado! ¡Milagro será que todavía no aparezca un primo con la peste bubónica!

ABELA. (*Que hasta ahora habrá cuidado escrupulosamente mantenerse siempre de frente al público, se vuelve con objeto de admirar los cuadros y demás adornos de la habitación.*) Estoy absorto. Predomina en este salón un lujo pérsico que deslumbra como bengala en obscuridad nocherniega.

DUQUE. (*Calándose el monóculo, aproximándose a él y examinándole.*) ¡Caray!, ¿pero qué lleva este pollo en la espalda? (*Siguéndole en sus movimienios y leyendo a voz baia un rótulo que, en grandes letras, ostenta Abelardo en la espalda.*) «Para comer bien, id a casa de la Concha. La Concha tiene callos.» ¡Caracoles! ¡El hermano de Clarita es un anuncio de una Casa de Comidas! ¡Qué familia, señores! ¡Yo no he visto en mi vida una cosa más baja! (*En este momento aparecen por el foro los dos criados empujando un carretoncillo extremadamente bajo, en que aparece sentado el tío Homobono. Es uno de esos carretones que utilizan los que carecen de piernas para poder andar, valiéndose de dos zapatos de madera que manejan con las manos. Lo dejan delante de la puerta del foro. Este carretón va enganchado por unos alambres de acero muy finos e imperceptibles que, a su debido tiempo, servirán para tirar del carretón hacia dentro y figurar que cae por la escalera.*)

HOMOB. (*Que lleva en la mano un número de «La Voz», accionando con él y dando grandes gritos.*) ¿Pero se puede saber por qué me habéis tenido dos horas abajo en ese jardín, que me he leído toda «La Voz»?

DUQUE. ¡Señores, qué cosa más baja!

CLARA. (*Aparte.*) ¡Qué vergüenza!

TODOS. (*Los de la familia de Homobono le hablan por señas.*) Oiga, oiga...

HOMOB. Pero, bueno, ¿qué hacéis en esta casa, y quién es ese tío anciano que me está mirando como si yo fuera un bicho raro?

DUQUE. ¡Cuidado, que no me llame tío, porque yo no pertenezco a la familia! (*Todos le hacen señas para que calle.*)

HOMOB. ¿Que quién es este mamarracho?

DUQUE. ¿Mamarracho? ¿Pero, qué ha dicho el metropolitano? ¡Oiga usted, deslenguado!

HOMOB. ¡Por el abecedario, que no oigo ná... que no oigo ná... ná...! (*Levantando el periódico.*)

DUQUE. ¡A mí no me alce usted la voz!

HOMOB. ¡Decirle a Matusalén que no oigo ná!

DUQUE. (*Furioso.*) ¿Matusalén?... ¿Yo, Matusalén?... ¡Toma, cucaracha! (*Le da una patada. Desde dentro tiran del carrito y figuran el ruído del mismo rodando por las escaleras como si desapareciera impelido por la patada.*)

TODOS. (*Llevándose las manos a la cabeza.*) ¡Ah!

CONC. ¡Se ha estrellado!

MARC. (*Mirando por el foro.*) ¡Ha bajado de cabeza!

CONC. ¡Quiá, ha subido!

MARC. ¿Cómo que ha subido?

CONC. ¡Ha subido al cielo!

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior, pero desmantelada de muebles y adornos. Los cuadros de las paredes han desaparecido. Tampoco están los muebles buenos del acto segundo. Amontonados y en desorden, hay algunos muebles modestos, últimos restos de una almoneda que en el hotel se está realizando. Un piano figurado o verdadero arrimado a una de las paredes. Una ducha de regadera circular, con cortinas. Junto a la ducha, y sobre un mueble cualquiera, un poco alto, habrá un aparato de radiotelefonía, verdadero o figurado, con un alta voz que también puede ser simulado. En el suelo, arrimados a la pared, algunos cuadros. Sobre una mesa, una cruz figurando marfil. Una guitarra sobre un mueble. Una figurita de yeso o escayola, que representa un ángel de la guarda. Un joyerito de metal. Un jarrón. El resto de los objetos que haya en escena, a gusto del director. Puede haber utensilios de cocina, candelabros, alfombrillas, algún baúl. Un cesto grande, lleno de libros, etc.

ESCENA I

MARCOS y REMEDIOS

(*Al levantarse el telón, Marcos, que viste una blusa larga como de un dependiente de ciertos comercios, y lleva un plumero en la mano, está despachando a Remedios, que es una prendera de tipo muy chulo, y habla con marcadísimo acento andaluz. Remedios examina con curiosidad los objetos, yendo y viniendo y revolviéndolo todo.*)

REME. ¡Pero, hijo de mi arma, si aquí no hay ná, lo que se dise ná, ná!

MARC. ¿Cómo que ná, ná? ¡Si tiene usted aquí un abarrota miento de muebles, cacharros, cuadros y libro amenos,.. a menos que busque usted mobiliario Luises quinceses o dieciseses, que de esos ya no no quedan, desgraciadamente, porque se han liquidad baratísimos! Ha de saber usted, Concepción de Mu rillo, que llevamos dos meses de almoneda, y po aquí ha desfilado una nube de prenderos, señore particulares y echadizos de los hoteles de ventas que ha habido día que parecía que iba a cantar Flet de balde.

REME. Y osté me quié decir con eso que una servidora h llegao a la hora de las migajas.

MARC. Créame usted que habría tenido una inmensa alegrí en que usted hubiese irrumpido en esta su casa a l crítica hora de los entremeses, ¡salobre trozo d jamón serrano!

REME. Está bien, señó, y no se meta usté en agua, qu aluego da reuma. ¡Pero hay que ve... si no hay ná.. lo que se llama ná!... ¿Qué vale este joyerito?

MARC. Para usted, veinticinco pesetas, y hágase usted ca go que es un obsequio que le brindan los dueños.

REME. ¡Qué atrosiá, veinticinco pesetas! ¿Pero es bueno?

MARC. Plata repujada.

REME. ¿Y este angelito de la Guarda?

MARC. Pesetas cuarenta.

REME. ¿Es bueno, también?

MARC. Es un ángel, señora.

REME. Sí, sí, pero estoy convensía de que no hay ná, lo qu se llama ná, ná...

MARC. Es usted un poquito exagerada, señora. ¿Usted e sevillana?

REME. No, señó, una servidora es de Málaga. ¡Caramb una guitarra! ¿Es buena?

MARC. Tiene una sonoridad que parece la Banda del Hosp cio. Fíjese. (*Rasgueando muy mal en la guitarra*) Trum, trum, trum.

REME. ¿Y eso que es?

MARC. Esto es que toco menos que la Lotería Nacional.

REME. Hombre, me hase osté mucha grasia.

MARC. Y usted a mí ¡so boquerona! (*Tratando de cogerle talle.*)

REME. (*Rechazándole*) ¡Chist, cuidadito! ¿eh? Las man quietas. Sin tocar.

MARC. ¿Cómo sin tocar? ¡Eso es imposible! Yo, con una gu tarra en la mano, no tengo más remedio que toca una malagueña.

REME. (*Rechazándole.*) ¡Oiga, oiga, señor! Formaliá, que soy viuda.

MARC. Viuda y con una alegría en esa repijotera cara... ¿Me permite usted que toque la «Viuda Alegre»? (*Nuevo intento de abrazo.*)

REME. (*Dándole un violento empujón.*) ¡Váyase usté a freir anchoas, so mal ange!

MARC. (*Ofreciéndole la guitarra.*) Bueno, pues ahí va. Veinte pesetas por la sinfónica hospiciana y tan amigos.

REME. Vaya, me voy, no quiero enfermar del hígado. (*Riendo.*) ¡Josú, que hombre este! ¡Ja, ja, ja!...

MARC. ¿Pero no se lleva usted nada?

REME. Me llevo un doló de riñones, que voy a casa a ponerme una bicma. ¡Ja, ja, ja!... ¡Que tío! ¡Ja, ja, ja!... ¡Adios, Cantábrico!...

MARC. ¡Vaya usted con Dios, despilfarradora! (*Blandiendo la guitarra desde la puerta.*) ¿No es para darla así?...

ESCENA II

MARCOS; después, CEBALLOS

MARC. (*De pronto, con gran sorpresa, mirando hacia el jardín.*) ¡Caray! ¿quién es ese que habla con el portero?... ¡Remostillo! ¿será posible?... ¡su padre, pero si es el desbravador!... ¡el mismo!... ¡el propio Ceballos!... y viene hacia aquí... ¡me monda!... (*Corre hacia la primera izquierda, que estará cerrada, y la segunda interceptada con mesas y muebles, unos encima de otros.*) ¡Atiza! Ha cerrado Clarita... ¿Dónde me escondo? ¡Ay, Dios mío!, porque ese bestia, si me ve... y que está al llegar... no, pues a mi no me ve. (*Se mete dentro de la ducha, quedando completamente oculto por las cortinas de la misma. Aparece por el foro Ceballos. Entra resuelto y se dirige a mirar los objetos que están por allí diseminados, fijándose, por fin, en un jarrón que toma en sus manos. Busca con la vista quien lo atienda.*)

CEBALL. ¡Eh!... ¿no hay quien me despache?... ¡A ver!... ¿quién es el encargado de las ventas?... Nada... este hotel parece encantado... no asoma una rata... ¿A ver uno?... bueno, ¡pues si que es chistoso!,.. (*A grandes voces.*) ¿No hay nadie que me diga lo que vale este jarrón?...

MARC. (*Desde dentro de la ducha, con voz un poco nasal.*) Diez y ocho duros.

CEBALL. (*Sorprendidísimo.*) ¡Caray! ¿quién me habla?...

MARC. El ventero.

CEBALL. ¿Pero desde dónde?

MARC. Por el altavoz.

CEBALL. (*Fijándose en el altavoz.*) ¡Calla, pues es verdad!... No contaba yo con esta aplicación de las ondas... ¿pero, a mí por dónde se me oye?...

MARC. Por el micrófono, que recoje su voz.

CEBALL. ¡Señores, qué almoneda más rara!... Bueno, bueno, ¿a mí qué me importa? ¿De modo que este jarrón?...

MARC. Diez y ocho duros.

CEBALL. No me conviene. (*Tomando la cruz grande.*) ¿Y esta cruz?

MARC. Doscientas pesetas.

CEBALL. Es cara.

MARC. Es cruz.

CEBALL. ¿Sí? ¡Qué jovial!

MARC. Menos palique. Escoja, deposite el dinero sobre la mesa y esfúmese rápidamente, que vamos a cerrar.

CEBALL. ¡Vaya una prisa!

MARC. (*Con voz irritada.*) ¡Escoja y ahueque! Las visitas cortas.

CEBALL. Bueno, tampoco es para ponerse así, señor... (*Viendo un cesto con libros que está detrás de un biombo.*) ¡Hombre, un cesto con libros!... Voy a ver si me conviene algo. (*Se agacha y examina libros, quedando medio oculto por el biombo para los que entren por el foro solamente.*)

ESCENA III

DICHOS, AMPARO, por el foro, con una tarjeta en la mano.

AMPAR. (*Leyendo en voz alta para sí la tarjeta.*) «Que entreguen al mozo de cuerda, portador de esta tarjeta, un aparato radio y un altavoz, marcados con el número veintitrés, que ya están pagados.» Y la firma de don Melitón. Perfectamente. (*Mirando una etiqueta que tienen los aparatos.*) Deben ser estos... sí, estos son. Veintitrés. (*Coje los aparatos y se los lleva por el foro.*)

CEBALL. (*Tomando un libro que fué encuadernado, pero que no tiene ya tapas.*) Hombre, una Biblia... le faltan las tapas, pero no importa, tiene magníficos grabados. pediré precio. (*Sale de detrás del biombo, se dirige hacia donde estaban los aparatos y queda estupefacto.*) ¿Pero qué es esto?... ¡Ha desaparecido el altavoz... el micrófono!... Bueno, esto parece la almoneda del diablo... ¿Y ahora con quien me entiendo?

MARC. ¡Avive el pollo!

CEBALL. ¡Recontra, esto sí que es sorprendente! ¿Pero por donde se me habla?

ARC. ¡No sea torpe! Ya le he dicho a usted que por el altavoz...

EBALL. ¡Pero qué altavoz ni qué narices! ¡Si el altavoz ha desaparecido, y el micrófono también!

ARC. ¡La Biblia en pasta!

EBALL. ¿Con que la Biblia en pasta? ¿De manera que se me está tomando el pelo? Ahora veremos. (*Se dirige hacia la ducha, cuyas cortinas descorre violentamente. Dentro de ella se ve a Marcos hincado de rodillas, con las manos cruzadas y en actitud suplicante.*) ¡Rehidroterapia!... ¿pero, usted?... ¿usted?... el de los reflejos solares con Concha... ¡usted no tiene vergüenza!

IARC. ¡Poca, don Paco!

EBALL. Usted no tiene dignidad.

IARC. ¡Don Paco, poca!

EBALL. (*Cogiéndolo de las solapas y sacándolo fuera.*) ¡Salga usted de ahí, so Tenorio!

IARC. ¡Piedad, don Paco!... ¡Yo fuí inocente!... ¡Yo fuí víctima de aquella señora!... ¡Yo!...

EBALL. (*Obligando a levantarse a Marcos, que se ha vuelto a arrodillar.*) Levántese, y venga usted a mis brazos.

IARC. ¿Pero cómo, don Paco? ¡Caramba, esa actitud!... Esa cordialidad... supongo que no será una sangrienta broma...

EBALL. ¡Basta! ¡A mis brazos!

IARC. (*Abrazándole y palpándole al mismo tiempo.*) Bueno, ¿no llevará usted ningún arma homicida?... ¿algo punzante o cortante?...

EBALL. Esté usted tranquilo. Usted no sabe el favor enorme que me hizo, juntamente con aquella desgraciada mujerzuela.

IARC. ¡Repingo!, no acierto a comprender...

EBALL. Lo primero, y para que usted se entere, no era mi señora.

IARC. ¡Lo sabía!

EBALL. ¿Que lo sabía usted?

IARC. ¡Naturalmente! Si llego yo a tener la certeza de que estaba usted vinculado con aquella dama, ¿de dónde me permito aceptar el menor discreteo con ella?

EBALL. Pues luego me enteré de que aquella coquetuela se reflejaba con un médico del veintiocho, y que durante un viaje que hice a Andalucía para comprar potros, la estuvo visitando so pretexto de un histerismo, y después el galenito me cobró las visitas a cinco duros.

IARC. ¡Qué sinvergüenza! ¿De modo que me estaba engañando con un médico?

CEBALL. Así es que si yo no sorprendo en su casa de uste lo que sorprendí, a estas horas...

MARC. ¡Toma, a estas horas ha desgastado todos los espejo de Madrid!

CEBALL. ¡Qué mujeres! ¡Usted no sabe los pisos que yo h puesto!

MARC. Pues eso representa muchos cuartos. ¿Y qué, amig Ceballos, no se lleva nada de esta almoneda? Lo te nemos todo baratísimo.

CEBALL. Hombre, esta cruz me había gustado bastante.

MARC. Pues nada, me da usted quince duros por ella, y en cantadísimo, amigo Ceballos.

CEBALL. El caso es que no traigo mas que unas quince pesetas

MARC. Eso es lo mismo. Me las deja usted en señal y me envía el resto cuando quiera.

CEBALL. Pues, muchas gracias. (*Coge la cruz.*) Le agradezco de veras esta confianza. Vaya, adiós, amigo Marcos

MARC. Que usted lo pase bien. (*Medio mutis de Ceballos.*) ¡Ah..., amigo Ceballos..., caramba, que se le olvidaba a usted!...

CEBALL. ¿Qué?

MARC. La señal de la cruz.

CEBALL. Hombre, es verdad, usted dispense. (*Le da el dinero.*)

MARC. De nada, por Dios; usted me mande .., usted me mande los once duros, ¿eh?

CEBALL. Sí, señor, sí. Adiós. (*Vanse Marcos y Ceballos por el foro derecha, y por la izquierda entran Tula y Clara; la primera de luto.*)

ESCENA IV

CLARA y TULA

CLARA. ¡Tú! ¡Tú en Madrid!...

TULA. ¡Ingrata! ¡Mira que no haber contestado a las dos cartas que te dirigí desde Barcelona!

CLARA. Tienes razón; pero me han pasado cosas tan graves...

TULA. Oye, ¿qué significan todos estos trastos en este desorden? ¿Es que te mudas?

CLARA. No, hija. Es que hago almoneda. Estoy vendiéndolo todo.

TULA. Me dejas a veinte bajo cero. ¿Y a qué obedece?...

CLARA. Siéntate, Tulita, haz el favor. (*Se sientan.*) ¡Calla! Y ahora que reparo..., vienes de riguroso luto... ¿Acaso?

TULA. ¡Mi madre, Clara! No bien llegamos a Barcelona cayó enferma y no hubo remedio para aquella santita. ¡Pobre madre! Con ella se me fué todo: caricias, alegrías, consuelos... ¡Ay, Clara, tú no conociste a

la tuya, y no puedes saber qué grande es el dolor de tener una madre y perderla. (*Solloza.*)

CLARA. ¡Vamos, Tulita, resignación! ¿Qué vas a hacer ya?

TULA. En efecto, ¿qué remedio me queda?

CLARA. ¡Pero qué elegante vienes! ¿Es que aquellos agobios económicos...?

TULA. Desparecieron, hija. Se ha enamorado de mí un hombre riquísimo. Es un fabricante de bufandas de Barcelona, de lo más opulento que hay en fabricantes, y que, naturalmente, me tiene con todo boato... No puedes imaginarte. ¡Qué hombre! ¡Es un mirlo blanco!

CLARA. Caramba, un mirlo, ¿y es joven?

TULA. Sesenta y cinco años.

CLARA. ¡Caracoles!, pues entonces más que un mirlo es un loro.

TULA. ¡Qué graciosa! Y bueno, dime, ¿qué hecatombe ha ocurrido aquí para este maremagnun?

CLARA. Pues nada, Tula, lo que tenía que suceder, después de aquel desastroso día de la presentación de mi familia al Duque.

TULA. A propósito, dime.., ¿y tu pobre tío Homobono? ¿Curó de las contusiones?

CLARA. No me hables. Recibió un golpe tan terrible que se le hinchó la cabeza de una forma, que cuando salía al jardín para tomar el sol le poníamos a guisa de sombrero esta pantalla. (*Una que habrá cerca de ella, sobre cualquier mueble.*) Porque no encontrábamos en todo Madrid una gorra para él. En fin, en una gorrería del Rastro nos aconsejaron que le compráramos un toldo.

TULA. ¿Y el Duque?

CLARA. El Duque aguantó unos cuantos días la nueva situación, pero aquello era insostenible, y al fin me escribió esta carta: (*Saca una carta del bolsillo y lee.*) «Mi adorado cencerrito: Tu numerosa familia es bastante soportable, pero la cucaracha de tu tío y yo somos incompatibles. Dispón de cuanto hay en el hotel, excepto los automóviles y los cuadros de firma que pertenecen a mi colección y que retiraré uno de estos días. Múdate a un piso de los Cuatro Caminos, que los hay bonitos y económicos. Véndelo todo en pública almoneda, y con lo que saques de las ventas, te vas a los Cuatro Caminos, que así, aunque no vivas en la prosperidad, puedes ir tirando. Adiós, cascabelito de locura. Te adora tu, Alberto.» ¿Qué te parece?

TULA. Que todos son iguales.

CLARA. No, no son los hombres; es la vida, es el destino de las criaturas. Ya ves qué contraste. Hace dos meses tú me compadecías por no tener familia, y yo a tí por no tener dinero. Ahora se han vuelto las tornas. Tú eres rica y estás sola en el mundo. Yo, si no fuese por el producto de esta almoneda, acaso no tendría qué comer. Y eso que tú no sabes... Mis padres son unos santos... Hace pocos días vendió mi padre un cuadro antiguo y se ganó veinte mil pesetas... Pues le faltó el tiempo para regalármelas, diciéndome: «Para que las unas al producto de la almoneda».

TULA. Verdaderamente, es una prueba de cariño.

CLARA. Ya lo ves... Pero yo no me amilano... Hay que aceptar las cosas como vienen. Trabajaré, y mis padres, que son buenos, me ayudarán. Además, mi hermana...

TULA. Pero, ¿tienes una hermana?

CLARA. ¡Ah! ¡Es verdad, que no lo sabías! Pues sí, tengo una hermana muy simpática y muy lista. Se llama Patrocinio, y, según dicen, tiene un talento extraordinario para imitar a las cupletistas de moda, entre otras habilidades. Está aprendiendo en una Academia y pronto debutará.

TULA. ¡Pero, chica, tu familia no se acaba nunca!

CLARA. Ya es mi único consuelo.

ESCENA V

DICHAS y MARCOS, por el foro; después, CONCORDIA y PATROCINIO, también por el foro.

MARC. (*Saliendo y viendo a Tula.*) ¡Caramba! ¡Tulita! ¡Tanto bueno!... (*Se saludan.*) ¿Pero, cómo? (*Fijándose en Tula.*) ¿De luto?

CLARA. Su pobre madre.

MARC. Mi más lúgubre pésame. ¡Ah, una madre! ¡El calor de una madre! ¡Hasta que no se pierde no se sabe lo que es calor!

TULA. Tiene usted razón.

MARC. Pues nada, salud para encomendarla a Dios y que allí nos espere muchos años, aunque a mí esta clase de citas me molestan un poco.

TULA. Gracias. (*Entran por el foro Concordia y Patrocinio. Esta última es una muchacha desgarbada, vestida de un modo que resulta cómico, con un sombrero grotesco echado hacia atrás, y una gran cartera debajo del brazo.*)

CONC. ¡Ay, Jesús, qué caminata! (*Fijándose en Tula.*) ¡Hom-

bre, qué agradable sorpresa! ¿Pero, cómo? ¿De luto?

MARC. Su pobre madre.

CONC. Mi más sollozante pésame. ¡Ah, una madre! ¡El calor de una madre!...

MARC. Oye, que eso ya se lo he dicho yo.

CONC. Ah, bueno.

MARC. Pero siéntense ustedes. (*Concordia se sienta en una silla, junto a Tula; Patro en otra silla, al lado de Clarita, y Marcos en el cesto de libros, sobre el que coloca un almohadón, y al lado de Concordia.*)

CONC. Vengo de ver un piso, y al regreso recogí a Patro de la Academia. Por cierto que no las he presentado. (*Presentando.*) La señora de Rozas. Mi hija Patrocinio.

TULA. ¡Ah! ¿Esta joven es la que imita?...

CONC. Sí, señora. Nos ha salido una Pepa Medina. Les ha cogido el tranquillo de tal modo a las estrellas de varietés, que oir cantar a mi hija es ver las estrellas.

TULA. Tiene cara de lista,

PATRO. (*En tono melodramático.*) ¡Inmenso favor que la señora me hace y que no creo merecer! Acecho y me fijo, observo y estudio, enmiendo y cotejo, me escucho y corrijo. ¡Vocaciones habrá, pero como la mía... quiá, no, pueriles ilusiones!

TULA. Muy avispada, ¡ya lo creo!

CONC. Que le ha dado por ahí, amiga Tula, y le advierto a usted que su afición data desde su más tierna infancia. ¡Oh, qué asombro! Me acuerdo de esta cancioncilla de corro. (*Cantando.*)

Quisiera ser tan alta—como la luna, ¡ay, ay!,
como la luna.

¡Bueno, largaba los ¡ay! que parecía que la metían un punzón por una nalga!

TULA. No, si se la ve. Su actitud, su mirada, sus ademanes... ¿Y ha trabajado ya en algún sitio?

CONC. ¡Oh, ya lo creo! Hará un año escaso, en una velada que organizaron los dependientes del ramo de cristalería, loza y porcelana, en el teatro Romea. Estrenaron un drama de un muchacho locero, que se titulaba «El caballero Santonja o El estertor de una monja». ¡Cómo estaría mi Patro haciendo la protagonista perseguida, qué lástima lograría inspirar al público. que a la mitad del segundo acto la organizaron una suscripción!

CONC. Exageraciones de mi amantísima madre. Yo soy sensata y no me engrío. Cumplí con mi papel. La agonía

en la celda la hice sirviendo la situación y nada más. Figuraba que moría picada por un reptil venenoso, y tenía que simular la muerte entre gritos de dolor y alaridos de rabia. Una servidora se revolcó por el suelo con los ojos vidriados por la angustia... y mis brazos retorcíanse, nerviosos, formando espiral, como los sacacorchos... mi voz quejumbrosa suplicaba, anhelante y ronca, a Santa Mónica bendita, que me despenara de una vez. Y desde los baldosines en donde, con furia, me retorcía, exclamaba entre convulsiones semi agónicas:

¡Santa Mónica,—sé benévola;
por Dios, mátame,—que este bárbaro
dolor déjeme!—¡Yo suplícote
muera rápida,—piadosísima
Santa-Mónica!

TULA. Bravo, muy bien!

CONC. ¿Verdad que sí? A mí, que estaba viéndola entre bastidores, se me saltaban unas lágrimas que parecían uvas moscateles. ¡Había que verla! Iba rastreando desde el camastro que tenía en la celda hasta el reclinatorio, y del reclinatorio al camastro durante más de diez minutos. ¡Bueno, la ovación fué delirante! ¡Así vino ella de lámparas a casa!

TULA. ¿De revolcarse?

CONC. No, de aparatos de luz que le regalaron los del ramo de porcelana.

MARC. Eso se tiene en la masa de la sangre o no se tiene, porque con la disposición se nace, ¡que recoliflores!, y al que no lo succiona de bebé, ya le pueden echar dómines y catedráticos, que no le meterán en la mollera nada de provecho. Mis benditos padres se empeñaron en que yo debía emular las glorias del insigne Talma, y que quieras que no, me hicieron trabajar en un drama escrito por un tío mío, que lo titulaba, «Vivir sin honra, es lo mismo que afeitarse con un lápiz». Yo representaba un hombre muy juerguista, y tenía que decir:

Olvidemos tristezas ya remotas
entre el juego, los vinos y las bellas,
que alegren las guitarras con sus notas
y vengan enseguida esas botellas.

Bueno, pues dije:

Olvidemos tristezas ya remotas
entre el juego, los vinos y las bellas,

que alegren las guitarras con sus notas
y vengan enseguida esas bellotas.

Y gritó uno desde el paraíso: «Pa que ceben a ese guarro» (*Todos se ríen.*) Y es que para cómico no sirvo yo. En cambio, mi hija ha nacido para el arte, como las mariposas para las bombillas.

CONC. ¡Y si usted la viera, amiga Tula, como imita a las estrellas de varietés, y como canta los cuplés sentidos! ¡Oh, los sentidos los borda! Oye, Patro, tienes ahí, por casualidad, ese titulado «Mi Pepe ha entrado en capilla». Verá usted qué sentido.

PATRO. (*Buscándolo en la cartera y leyendo títulos.*) «Soy de Zumárraga»... «Catapún, chin, chin; catapún, chin chón»... «Dame Lina la estricnina»... «El amor pirata»... Pues todos son joviales... me parece que he perdido el sentido.

CONC. Pues anda, canta ese que te sabes de memoria, y que Clarita te acompaña algunas veces.

PATRO. ¿Cuál?

CONC. «Agua y fuego».

PATRO. Ah, bueno, si no molesto a la señora.

TULA. ¡Por Dios, no faltaba más!

CONC. Verá usted qué artistaza. En ese cuplé imita a Raquel Fuller. Anda. Clarita, acompaña.

PATRO. Con su permiso (*Clara se sienta al piano y simula tocar; el sexteto acompaña.*)

MÚSICA

Yo tuve un año amores con Atanasio
sio, sio.
que aprendía a hacer planchas en un gimnasio
sio, sio.
Y estuve enamorada con tal vehemencia,
que el amor de Eloísa fué una indecencia.
Pero el ingrato un día, ¡Dios de los cielos!,
me quitó dos sortijas y tres pañuelos
y una linda navaja de asta de toro,
recuerdo de un alcalde de Valdemoro...
moro, moro, moro.

Mi cariño es como el fuego
que se enciende en una fragua,
pero el tuyo lo ve un ciego;
sólo es agua, sólo es ¡agua,
aguardiente, azucarillos, agua!
Mi cariño es como el fuego
que se enciende en una fragua,

pero el tuyo lo ve un ciego,
sólo es agua, sólo es agua.

¡Ay que desgraciada
es siempre la mujer
que en un falso amor
pone su querer!
Y si es dulce y cariñosa,
creo que dichosa
nunca podrá ser.

(*Este último estribillo, que se repite, lo corean la segunda vez Concordia y Marcos.* De *tener que repetir, se cantará la segunda letra.*)

Yo un día, Virgen Santa del Gran Socorro,
rro, rro.
cuando no lo esperaba, dí a luz un rorro
rro, rro.
y al saberlo Atanasio, ¡Virgen María!,
pegó a la comadrona que me asistía;
y me insultó delante de unos vecinos,
que eran unos señores bastante finos;
y sin ver que quedaba triste y llorosa,
se fué a tomar las aguas de Panticosa,
osa, osa, osa.

Mi cariño es como, etc., etc.

TULA. ¡Admirable!

PATR. Mediocre nada más.

CONC. Ya pronto debutará en un teatro de varietés que han hecho ahí... cerca de la Plaza Mayor.

PATR. El «Lechugas Palas». Un lindo coliseíto.

TULA. Pues que tenga un triunfo. (*Levantándose.*) Bueno, Clarita, os dejo. Voy a llegarme a «Madrid-París», donde me espera Carlos para hacer unas compras, y eso no es cosa que deba desperdiciarse.

CONC. También nosotras nos vamos, Quiero que vea Clarita una tienda en la calle de Gravina que nos la traspasan en buenas condiciones.

TULA. ¿Una tienda?

CLARA. Sí, Tulita, nos proponemos montar una industria cualquiera para poder vivir.

MARC. Yo comparo la vida a la Cuesta de las Perdices. Unas veces hay que subirla y otras bajarla.

CONC. ¡Qué imágenes tan bonitas tienes, Melitón!

TULA. ¿Entonces es que tienen ya pensada la industria que van a explotar?

CONC. ¡Quiá, no lo crea usted! Todos los días pasamos una

hora discutiendo que si una tienda de sombreros, que si una gran papelería, que un almacén de gomas, que un continental exhalación...

MARC. ¡Pero si es que con esta no sirven argumentos! Ya estoy harto de decirla que como somos neófitos no tenemos más remedio que probar fortuna. Y vuelvo a insistir en mi idea. Yo pondría una bonita tienda de corsés y sostenes.

CONC. ¡Vamos, estás loco! ¿Pero eso es negocio?

MARC. Ignoro si lo es, pero como yo lo pondría para probar...

CONC. Nada de probar, que te conozco.

MARC. Bueno, bueno.

TULA. Si queréis os llevo en mi automóvil.

CONC. ¡Caramba, tanta amabilidad!... (*Inician el mutis a tiempo que aparece don Magín en el foro.*)

ESCENA VI

DICHOS y DON MAGIN

MAGÍN. ¿Dan ustedes su permiso?

CLARA. Adelante, don Magín.

MAGÍN. Muy buenos días.

CONC. (*Aparte.*) El administrador...

MAGÍN. Señorita Luna, llego realmente acongojado por la triste noticia que vengo a comunicar a usted.

MARC. (*Aparte.*) ¡Me escamo!

CONC. (*Aparte.*) ¿Qué será?

CLARA. ¿Otra desgracia?

MAGÍN. Ayer recibí, enviado por nuestro Agente de Canarias, un sobre lacrado y certificado que contiene una carta y una partida de defunción legalizada, de su papá de usted, don Melitón González. (*Entrega a Clara el sobre que ha sacado.*)

MARC. ¿Cómo? ¿Qué dice usted, señor mío? ¿Que don Melitón ha muerto?

MAGÍN. Así lo dice la partida.

MARC. (*Aparte.*) ¡Recalavera, que conflicto! (*Alto.*) Bueno, pero es que... claro que... supongo yo que Melitones Gonzaleses habrá muchos, que no es un nombre y un apellido enrevesados...

MAGÍN. Yo le suplico, caballero, que por su propia conveniencia, no pregunte, no indague, no ahonde, no escudriñe. Clarita, tenga la bondad de ver ese documento y esa carta. Yo estoy plenamente convencido por los detalles que en la carta da el Agente, de que el muerto es su papá de usted.

CONC. ¡Pero eso es imposible! Será una equivocación.

MARC. ¡Naturalmente; ese don Melitón, no debe ser, no es, el padre de esta señorita. porque yo puedo acreditar el derecho preferente! El medallón no me dejará mentir. Si yo no fuera su padre, ¿cómo iba a estar en el medallón? Y si ese señor fuera su padre, ¿por qué no se encontraba en el medallón consabido? Me parece que esto está más claro que un consomé de fonda. En el medallón estaba su padre, porque su mismo padre lo puso en el medallón, y no podía ponerlo otro que no fuera su padre.

CLARA. (*Llorosa.*) ¡Ay, Virgen Santa! ¿Pero esto que es?

MARC. Pues esto es un lío de padre y muy señor mío.

MAGÍN. (*A Clarita, que ha leído rápidamente la carta.*) Se habrá usted convencido, Clarita, por el contenido de la carta. En ella verá usted que ha sido abierto el testamento de don Melitón González, en el cual reconoce a todos sus hijos y deja a cada uno la parte que le corresponda en su inmensa fortuna.

CONC. (*Sin poderse contener.*) ¿Será posible?... ¿Mis hijos reconocidos y con dinero?... (*Arrojándose en brazos de Magín.*) ¡Ay, don Magín! Permítame que le abrace.

CLARA. ¡Dios mío!... ¿Luego es cierto?... ¿El que ha muerto es mi padre?

CONC. Sí, Clarita, tu padre. ¿A qué negarlo?

MARC. (*Arrodillándose ante Clara.*) ¡Clara!...

CLARA. Don Magín. (*Entregándole el sobre.*) Guarde usted esa partida donde yo no la vea más. Mis padres no han muerto. Mis padres son estos. (*Abrazando a Marcos y Concordia.*) ¡Padres míos!

MARC.
CONC. } ¡Hija!

FIN DEL JUGUETE